

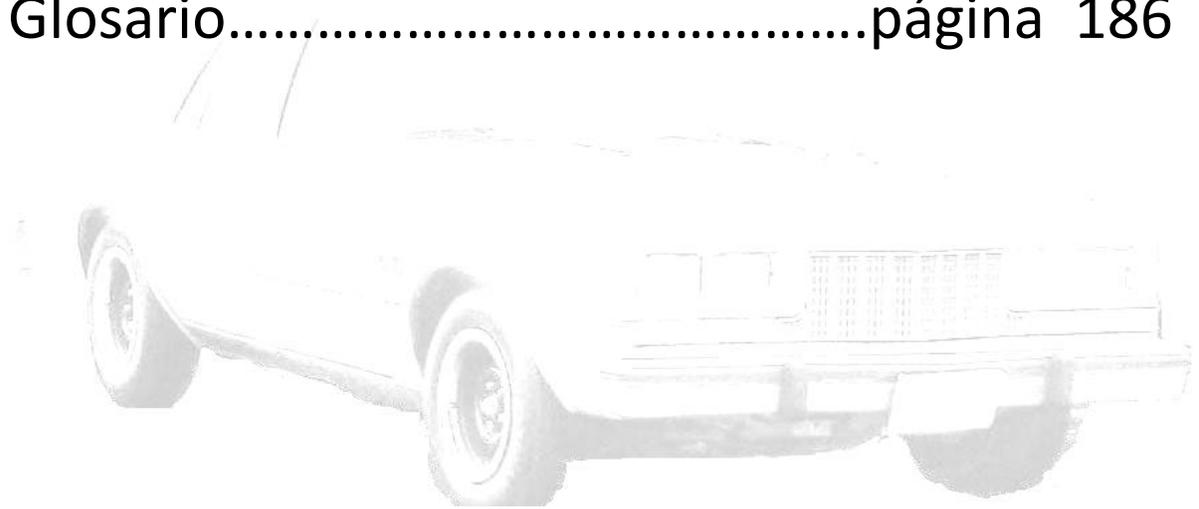
EL GENTIO DE NOE

Por: Anam Mare.



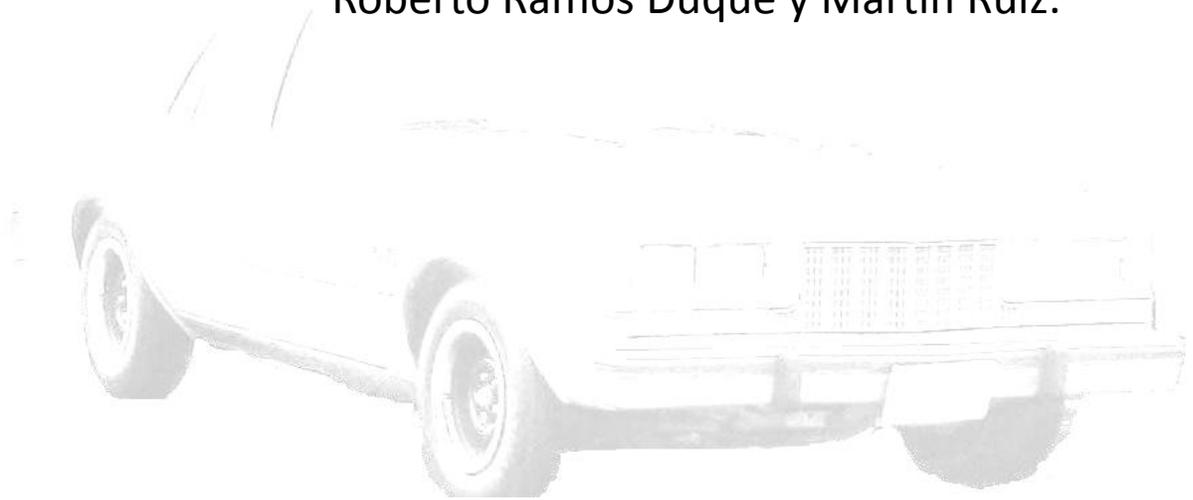
ÍNDICE

Dedicatoria.....	página 3
Prefacio.....	página 4
Anotaciones.....	página 5
Capítulo I.....	página 6
Capítulo II.....	página 80
Glosario.....	página 186



Dedicado a: Noé, Alfonso y Cecilia Rodríguez de Ávila.

Roberto Ramos Duque y Martín Ruíz.



PRÉFATIO

Per mucho que hayamos crecido en edad, experiencias, vivencias, espiritualidad, o intelectualmente y que hayamos logrado el éxito económico o caído en los peores fracasos y que hubiésemos alcanzado realizar todos nuestros sueños... Aún que hayamos sido mutilados en la guerra y habernos hartado de sensualidad y placeres de cualquier tipo, nunca recuperaremos esa belleza de la inocencia, ilusiones y fantasías de los primeros años. Mi libro trata justamente ese tema y me he colocado en el pellejo de gente común que a veces pasamos desapercibida durante toda nuestra existencia y que quizá muchas veces herimos sin querer o sin premeditación o ventaja, y todavía así siguieron allí, viéndonos en nuestra afanada vida en una perspectiva zanjada a distancias remotas, sin desearnos lo peor sino a lo mejor nos comprendieron y perdonaron nuestras flaquezas y hasta se sintieron orgullosos alguna vez de las cosas que logramos.

Gente común pero real, como el policía Martín Ruiz de mi historia, Como Roberto o Cecilia y desde luego mi protagonista, Néé.

Puedo afirmar que cualquiera que lea mi libro, se identificará de inmediato en cualquiera de los personajes de mi historia, y agradezco a la vida por haberme dado el privilegio de ser partícipe de tan irrepetibles emociones, mismas que no se pueden comprar ni con todo los tesoros de este mundo.

Anam Mare

ANOTACIONES.

Todas las expresiones propias de México se han “Entrecomillado” y al final hay un glosario con el significado al español internacional.

Contacto.

Si desean contactar, pueden hacerlo por internet al siguiente correo electrónico: anammare@gmail.com, donde con gusto se responderá personalmente cualquier asunto relacionado con la publicación.



EL GENIO DE NOÉ

Primera parte.

Capítulo I

La entrada a la ciudad de México por el periférico Norte es, en horario vespertino un verdadero caos vial.

Un Plymouth color blanco con placas del estado norteamericano de Texas es conducido por un gringo gruñón tratando de abrirse paso para avanzar por el denso tráfico. En verdad se precisa de diligente maniobrar para ir ganando espacio de vehículo en vehículo en aquella especie de selva de concreto y aunque el clima de la ciudad de México es agradable con tendencia más bien a frío que a caliente, la desesperación hace que todos los

conductores a pesar de la comodidad de los aires acondicionados o clima en sus autos, vayan extenuados tratando de llegar a su destino. Dé pronto como un milagro aparece una ambulancia de la cruz verde mexicana abriéndose paso entre los vehículos que le van cediendo espacio tras el ulular de la sirena y el intermitente de sus luminarias. El americano aprovecha el vacío dejado atrás por la unidad de socorro y sigue la ambulancia sin permitir que ningún otro vehículo le quite tan privilegiado lugar...

Casi tomando la intercesión hacia vallejo una patrulla detecta al intruso que sin haber cometido infracción alguna comienza a ser perseguido por los policías motorizados con el fin de obtener alguna “mordida” o sea un pago en efectivo que va directo al bolsillo de

los policías, por intimidar con cualquier cosa inventada, al conductor.

El Plymouth que ya ha logrado salir del periférico, se desplaza por la calzada Vallejo ya sin seguir a la ambulancia que toma un rumbo distinto, mientras el americano parecía dirigirse a la central camionera del norte del distrito federal mejicano.

Reaparecen los policías que parecían haberlo perdido en algún momento y justo sobre el puente vallejo el americano detecta por el espejo retrovisor, que lo vienen persiguiendo todavía e instintivamente acelera al fondo su Plymouth que cual blanca ave, a punto de asfixiarse por el smog, parecía deslizarse o flotar más que rodar, sobre el asfalto tapizado de remiendos tapa baches, que obligaban al automóvil a ondular y

zigzaguar. Los policías también aceleraron sus unidades pero el Plymouth haciendo acopio máximo de su carburador de doble garganta desapareció entre la maraña de autos que iban y venían por el sector de la terminal camionera del norte.

Luis, empleado de una empresa repartidora de refrescos, abastecía a un hotel de paso en las cercanías de la terminal camionera. El camión repartidor que manejaba Luis permanecía estacionado justo a la entrada principal del hotel.

Noé un chaval de unos 13 años, uno de los tantos miles de niños de la calle en la ciudad de México intentaba conseguir una chambita con Luis.

-“Pos” no hay que ser mi Luis, dame chamba

en el camión, no te “Voa” fallar. Ya me harté de vender chicles; mira nomás hoy no he vendido nada. Ni “Pa” tragar.

Luis sin dejar de hacer su trabajo no se inmutaba para negarle al chaval lo que le pedía.

-No puedo mi chavo, ya sabes que “Pos” no das “Le´dad pa´l jale” todavía. Si me cacha un supervisor me quedo yo sin la chamba.

Así pasaron muchos minutos y Noé no cedía en su petición y aunque los argumentos de ambos eran válidos, Luis no tuvo más remedio que ceder y permitirle ayudar aunque fuera por esa vez a cambio de compartir unas tortas para cenar.

Tiempo después, Noé permanecía sosteniendo una reja llena de envases vacíos

de vidrio mientras Luis los acomodaba en el camión, cuando de pronto una inmensa nube de humo pasó rasante al camión llevándose al suelo a Noé quien ni se percató cuando la reja de envases salió volando por el aire en medio de la nube de polvo que al parecer, un bólido había levantado.

Se escuchó el chirrido de llantas y frenos así como el característico olor a material eléctrico quemado y roce de balatas forzadas. Dentro del estacionamiento subterráneo del hotel terminó su veloz carrera aquel bólido y de entre la humareda, polvo y basura, cuando también tiró unos contenedores de desechos de toda clase que estaban justo a la entrada del estacionamiento, apareció desencajado sudoroso y agitado, un gringo ojos azules,

medio atlético. De estatura gigante anglosajona, mientras le daba la mano a Noé para levantarlo del suelo donde quedó tirado junto a los envases rotos, por fortuna sin ningún daño aparte del susto. Vestía el americano, unos pantalones bombachos blancos, una playera verde claro y encima una gabardina color rojo púrpura y tenis color blanco y verde. El cabello largo y rubio le daba hasta la cintura.

El chaval nunca en su vida había visto un gringo tan de cerca y menos tan sucio y sudoroso jadeante y agitado. Como si viniera de un mundo mágico o raro, especialmente cuando los reflejos del sol le daban directo en la cara. Noé leía muchas historietas en los kioscos donde su innata imaginación era robustecida con las historias de los súper

héroes que a diario llegaban a los kioscos y que eran atendidos por chamacos como él y cuando la venta andaba “Floja” conseguía le prestaran las revistas para leerlas sin tener que alquilarlas o comprarlas.

Noé estaba enmudecido y no decía palabra mientras el americano le ayudaba a ponerse en pie. Su prolija imaginación asoció de inmediato a aquel extraño personaje que le tendía la mano con uno de aquellos mitológicos personajes que solo veía en las historietas y en la televisión que solía disfrutar a través de los cristales de las tiendas que exhibían estos artefactos.

El americano desplegó una sonrisa para darle ánimo al muchacho y consiente que era su culpa cuando casi mata al chaval con su magistral e improvisada entrada, recién

unos minutos apenas, lo animaba a reaccionar.

Sucedo que el Plymouth se recalentó hasta prácticamente incendiarse después de la persecución policiaca. El americano pensando que todavía lo perseguían los patrulleros opta por entrar al estacionamiento del “hotelucho” para despistarlos.

Noé estaba boquiabierto.

Finalmente logra exhalar palabra y en un grito jubiloso lanzándose sobre el americano, como si acabara de descubrir un tesoro, exclama:

-¡Tú eres un genio!

El americano desplegó una inmensa carcajada.

-Un genio... -murmura el americano entrecortando la risa. Noé que no lo dejaba hablar, decía exaltado de una extraña emoción:

-¡Tú eres mi genio...! ¡Saliste de una de las botellas rotas! ¡En una inmensa bola de humo y llamas! -dijo el chaval mientras señalaba los vidrios tirados y dispersos sobre la marca negra que habían dejado las llantas en el piso de la entrada al garaje del hotel.

El americano seguía riendo de buena gana tratando de disuadir a Noé sin menospreciar aquella gran imaginación del chaval. Finalmente exclama sosteniéndose la barbilla con una de sus manos:

-Umm... mira haremos algo, te pago las botellas rotas...

Noé lo interrumpió de nuevo.

-No mi genio, que botellas rotas ni que botellas...Tú eres mi genio y tienes que concederme tres deseos, sí señor. Esa es la regla de los genios. No puedes rajarte.

El americano vio que Noé se tomaba muy en serio aquello y desistió de disuadirlo y tratando de resolver la situación le dice:

-Veamos... supongamos que soy un genio ¿Cuáles serían tus deseos?-pregunta el americano más para seguirle la corriente a la inagotable imaginación del chaval. Hizo una pausa para proseguir.

-Así veo si te los puedo cumplir y supongo que la parte que sigue es que después me dejarás libre "Mi amo"-termina quitando la sonrisa y dándole tono de seriedad a sus

palabras. Noé se le queda viendo fijamente a los ojos y después de una pausa dijo:

-Bueno digamos que por ahorita no se me ocurre nada pero tampoco puedo dejarte ir así como así...

-Bueno que te parece si mejor te invito a cenar mientras lo piensas.

-“Sale y vale” mi genio.-Exclama Noé con remarcada algarabía “Infantilesca” como si acabara de ganar una batalla en alguno de los juegos propios de su edad. El americano viendo hacia la puerta del lobby del hotel dice:

-No se hable más, deja que me registre y luego regreso para irnos a cenar. Palabra de genio.-Y el americano alza la mano derecha a modo de juramento.-

Noé se quedó sentado en las gradas a la entrada del hotel mientras el americano entraba a registrarse. Después de unos minutos regresó junto a Noé quien le recibe entusiasmado con la sola idea de ir a comer.

-Por acá cerca venden reharto “Refín” yo te llevo, tu sígueme.-Dijo Noé sin ocultar su emoción. Y al instante estaban en un puesto de tortas callejeras inmediato al hotel. El americano disfrutaba viendo el apetito de Noé quien parecía querer devorar toda la comida disponible.

-Yo viajo a Veracruz- le dijo el americano mientras degustaba una torta- pensaba llegar hoy mismo hasta allá, pero debo mañana reparar mi coche para seguir mi viaje.

-“Pos pa” luego es tarde mi genio, mi

“Cuatacho” el Luis es “Rete” buen mecánico, queda acá cerca su casa, él te lo repara “De volada”, “Me cae.”

El americano detuvo la masticación, pensativo.

-¿Crees que sí pueda arreglarme el coche hoy mismo?

-Claro que si. Deja voy a su cantón en un taxi y verás como sí viene y te repara tu coche.

Hizo una pausa para continuar diciendo:

-Pero móchate con la lana “Pa’l” taxi.-Dijo extendiendo la mano.

El americano saca un billete, sonriente vio cómo se alejaba el chaval entre el tráfico de la calle. Pensó para sus adentros que el chamaco solo se quedaría con el dinero que

le daba y que jamás volvería a verlo. Suspira con alivio mientras encamina sus pasos al cercano hotel y dijo como para sí mismo.

“Mañana reparo mi coche y sigo mi viaje”.

Eran las siete de la noche cuando tocaron a la puerta de la habitación del americano en el hotel.

-¡Noah! –Exclama con entusiasmo el americano- ¿Qué haces aquí?

-“Pos” mi genio, te traje a mi cuate Luis, está abajo “Pa’verte’l” coche. “Jálale pa’ yá”.

-Pensé que ya no volverías-le dijo mientras se colocaba la gabardina y caminando ya por el pasillo rumbo al ascensor.-Te hacía ya en tu casa...

-“¿Pos” qué casa? Yo vivo en la calle mi

genio.-Respondió Noé.

-¡En la calle!-exclama el americano –
¿Quieres decir qué tú no tienes familia?

-“Párale” Mi genio, “No te mandes” no dije eso, dije que vivo en la calle.

-¿Pero no te entiendo, si tienes una familia por qué no vives con ella? –inquiría el americano.

-“Pos” Que “Jodarría” la tuya mi genio, pareces “Poli”, preguntas y preguntas. “Nomás porque´res buen ´onda” te contesto: mira mi genio, mi jefe es un borracho y dejó a mi jefa por otra doña, mi jefa se fue lejos y jamás la volví a ver, hermanos tengo pero tampoco sé nada de mis carnales y “La neta” mi genio, que los extraño “Reti´harto”.

El americano no dijo nada. Se le dificultaba

entender cada palabra de aquel chaval que hablaba con palabras de un español que él no había estudiado como su segunda lengua en los colegios gringos. Habían bajado las gradas de los cinco pisos hasta el estacionamiento del hotel porque los ascensores a esa hora de la noche estaban repletos de clientela sexual temporaria, puesto era un hotel de paso y no precisamente para viajeros o turistas pese a que estaba a unos metros de la central camionera del Norte.

Noé contrastaba entre todos aquellos parroquianos adultos hombres y mujeres de vida disipada y alcoholizados que llenaban los pasillos de cada piso a aquella hora inundándolos de humo de cigarrillos y olores de lociones baratas.

-El americano se presentó a si mismo ante Luis, mientras le daba detalles del problema del coche.

Luis se limitó a decirle “A la orden señor” y se dedicó a reparar la avería.

Noé se acomodó en el asiento del pasajero delantero del coche junto al americano que se había sentado en el asiento del conductor, siguiendo las indicaciones que Luis le decía desde la parte frontal del coche donde estaba inclinado revisando el motor.

-“¡Qué padre” tu coche mi genio! Asientos de piel, clima y que estéreo “Te traes”-decía Noé ponderando el acento de su voz para darle mayor énfasis a lo que mencionaba mientras oprimía todos los botones que sus manos encontraban en el tablero frontal.

-Los coches son mi pasión, ¿Sabes? Y éste es un clásico. Originalmente fue de la policía de San Diego y cuando ellos modernizaron su flota, pusieron a la venta muchos de estos y yo compré uno.

Luis se aproximó al americano por la ventana del conductor.

-Es un "Motorazo" Jefe, 8 en "V" y carburador de doble garganta...

El americano interrumpió con presunción a Luis, olvidándose de la modestia.

-Mejor que un full injection.-Dijo al tiempo que entrecerraba los ojos como si mirara hacia el piso.

-Se lo creo Jefe. Este es un coche adaptado. Está de lujo.

Mientras, Luis sostenía algo diminuto en sus manos y enseñándoselo al americano dijo:

-Esto fue el problema, el termostato, allá más “Pa’l” Norte esto es útil porque mantiene la temperatura del motor en climas fríos, pero más “Pa’cá” en el centro y “Pa’l” Sur esto mas bien “Le’storba pos” el motor se le recalienta, jefe. Se lo eliminamos y listo no tendrá problema.-Concluye Luis mientras le hace señal al americano que accione el switch del auto.

El americano verifica que el freno de mano este puesto y que la palanca de cambios automáticos esté en “N”, da marcha al motor y acelera al fondo varias veces para comprobar lo que le decía Luis. En efecto el motor responde a la perfección.

Sin apagar el motor, el americano baja del auto para pagarle sus honorarios a Luis. Tiempo después, ambos se despiden y Luis salió rumbo a la calle por la puerta del estacionamiento.

El americano, regresa al auto, entreabrió la puerta del lado del conductor, accionó un botón para cerrar los vidrios y apaga el motor. Acto seguido cerró la puerta y regresa a su habitación en el hotel.

Al día siguiente el americano se levantó muy temprano para seguir su viaje a Veracruz.

Al entrar a su coche descubrió que Noé estaba dormido en el asiento delantero del pasajero.

-¡Noah, Noah! Despierta-le decía, asombrado de que el chaval haya pasado la

noche dentro del coche.

Noé perezosamente entreabrió los ojos.

-“¡Chale” mi genio! Déjame dormir es muy “Tempra”, No “Manches”.

-Debo viajar a Veracruz como te dije anoche.-
Dijo toscamente el americano casi con enfado, Noé en cambio parecía más animado:

-¿En serio? ¿Me llevas contigo?

¿Sabes? No conozco pero dicen “Que’s ri’harto” bonito.

El americano vaciló un poco, luego dijo:

-Está bien, para algo puedes servirme en el camino.

Noé aunque vivía en la ciudad de México apenas si conocía la parte Norte de la ciudad

y muy escasamente y casi por instinto ubicaba los puntos de referencia que conocía, como algunas estaciones del “Metro”, “El bosque de Chapultepec”, “El ángel de la independencia”, “La Diana cazadora”, “La zona rosa”, “Insurgentes”, “El “Viaducto”, “El azteca”, refiriéndose al estadio, “Xochimilco”, “La plaza de toros” “El toreo cuatro caminos” donde estaba “La arena metropolitana” donde Noé siempre se metía de “Colado” por su gran afición a las luchas; pero sinceramente desconocía como llegar a un punto determinado dentro de la enorme ciudad. Y no era para menos, La ciudad de México es la más grande del mundo con más de veinte millones de habitantes, Cuenta con un periférico que puede tener cien kilómetros de longitud,

posiblemente y está atravesado por unos ejes viales que interconectan extremos del anillo periférico como si fueran un cuadrante, o radio de una circunferencia, además un viaducto llamado “Miguel Alemán” en honor a un ex presidente mexicano, la famosa Avenida de los “Insurgentes” que es kilométrica. Aunque el americano andaba inundado de mapas no sería tarea fácil atravesar la ciudad para encontrar la salida a Puebla en el sector oriente de la ciudad que es la ruta para tomar la autopista hacia Veracruz.

Eran las 7 A.M cuando el blanco auto salió del hotel de paso ubicado muy cerca de la terminal camionera del norte.

Tiempo después de haber sorteado una serie de dificultades de tráfico nuestros amigos

estaban en el periférico norte a la altura del bosque de “Chapultepec”. El tráfico aunque lento, fluía al menos de Norte a Sur porque a esa hora de Sur a Norte era terrible. Noé no paraba de sintonizar emisoras de música en el FM del estéreo del auto y cuando aparecía un tema de sonidero muy de moda en esos momentos, seguía el ritmo con su cintura, brazos y hombros y hasta palmeaba con sus manos mientras cantaba o “Tarareaba” el tema musical.

-La changa,-dijo el americano sonriendo mientras repetía lo que, el locutor anunciaba con el fondo musical - bonita música.-

Noé casi a gritos sobre el alto ruido de la música, exclama:

-¡Si tuviera “Lana” compraría todos los discos de la changa! “Me cae que si”

El americano viéndolo de soslayo ríe de buena gana. El vehículo llegó al viaducto “Miguel Alemán” donde deberían tomar la salida hacia el oriente de la ciudad, pero por no conocer bien la salida pasaron por ella inadvertidamente siguiendo directo por el carril central del periférico.

Era el mediodía y nuestros amigos continuaban en el periférico, esta vez ya estaban prácticamente retornando hacia el Norte por detrás del aeropuerto. Sabían que andaban perdidos y decidieron detenerse en una gasolinera en la lateral del periférico para llenar combustible y comer algo.

El bombero de la gasolinera les ilustra cómo

encontrar la salida a Puebla, desde el punto donde se encontraban que prácticamente deberían retornar por la otra vía del periférico y alcanzar la avenida “Zaragoza”.

Allí comieron en el restaurante de la gasolinería y Noé aprovechó para comprar música de la changa. El americano generosamente le dio libertad que pidiera toda la música que le gustara. Noé estaba feliz con una bolsa llena de discos compactos y cintas de sus sonideros favoritos.

Más tarde por fin lograron entrar a la “Calzada Zaragoza” y de pronto por debajo de un paso a desnivel en una media curva de la calzada, la llanta trasera izquierda del Plymouth explota quedando el vehículo casi atravesado en medio de la calle, generando de inmediato un caos vial. El americano baja

de inmediato pidiéndole a Noé que pusiera los triángulos de advertencia mientras él cambiaba la llanta. La operación dura casi media hora, dada la incomodidad que no había como poner el vehículo en la lateral y prácticamente tuvo que cambiarse la llanta en el carril de alta.

A esa hora de la tarde la salida a Puebla desde la calzada Zaragoza hasta la caseta del peaje en el inicio de la autopista al sureste mexicano era un caos vial total en ambas direcciones.

A las 7 P.M nuestros amigos cruzaron la caseta de cobro de la autopista hacia el sureste mejicano. El Plymouth por fin pareció desplegar alas sobre el asfalto .Su conductor demostrando gran habilidad sacaba provecho de la estabilidad y buena

suspensión del automóvil y del motor reconvertido con carburador de doble garganta. La velocidad superaba sesenta millas reglamentarias de la ruta, llegar a Puebla fue cosa de unos minutos atrás quedaba el “Popocatepetl”, “La Mujer Dormida” y otros iconos montañosos de la capital mexicana y al tomar la ruta de Orizaba en una preciosa recta en cuyo extremo podía verse en lontananza el pico de Orizaba, un hermoso volcán coronado de nieve, el conductor elevó la velocidad hasta alcanzar las ciento diez millas.

-Órale- Grita de emoción Noé dándole más volumen a la música que no paraba de escuchar en todo el viaje.- ¡Hasta el fondo mi genio! ¡Písale hasta el fondo al “Palomo”!

Así había bautizado ya Noé, al blanco

automóvil. El americano reía de buena gana sin decir palabra. Al terminar la recta aminora la velocidad magistralmente porque iniciaban algunas curvas y a lo lejos ya se veía la iluminación de la próxima caseta de cobro de la autopista.

Cuando un vehículo desde su máxima velocidad se le hace descompresiones con una gran habilidad del conductor sin usar los frenos, la sensación de inercia es realmente maravillosa. Al americano le encantaba hacer este tipo de maniobras y no desperdiciaba la oportunidad siempre que le fuera posible. Noé por primera vez experimentaba aquella emoción de inercia y cuando el efecto termina, tenía los labios apretados y la mirada desorbitada, el americano disfrutaba al máximo especialmente cuando Noé

remato su experiencia con un grito impresionante seguido de una risita histórica.

-¡Se me puso la piel “chinita” mi genio! Algún día “Me´nseñarás” a manejar así.

Eran casi las diez de la noche cuando nuestros amigos estaban ya instalados en un lujoso hotel cinco estrellas, en la zona de Boca del Río en la ciudad de Veracruz.

Noé estaba maravillado del cambio tan repentino que tomó su vida. De “Niño de la calle” ahora prácticamente estaba viviendo un sueño que jamás imaginó.

La habitación era de lujo, con todas las comodidades para la selecta clientela del hotel. Cuando Noé experimentó con el jacuzzi no quería salir de la tina , llenó de shampoo la tina y de pronto con las

revoluciones de los motores de la tina en el agua, la espuma inunda la habitación de burbujas dejando a Noé cubierto totalmente de aquella aromática bruma que lo emocionaba.

Cuando se aburrió de jugar en el jacuzzi salió para su cama frotándose la espalda con una toalla inmensa del hotel. La tele estaba encendida, y el americano dormía profundamente en la otra cama de la lujosa habitación. Noé cambió la programación y se acomodó en la otra cama, viendo de soslayo al americano, mientras musitó quedamente:

-¡Eres mi genio!

A la mañana siguiente, el americano después de ducharse se había puesto su ropa de

playa. Vio a Noé profundamente dormido y sonrió.

Nuestro americano, No era un aventurero. Investigador tecnológico y creador de algunas tecnologías que le permitían vivir con comodidad. Su vida tecnológica lo mantenía sumergido en un mundo casi irreal. Sin embargo lo que pareció al inicio una tragedia, le llevaría sencillamente a tener una vida. Resulta que en los primeros días de noviembre de 1989, el ejército de estados unidos inicio una estrategia militar de reconcentrar a todos los reservistas de las distintas áreas militares como son el Army, La Navy y la Air Force. Nuestro amigo americano por ser reservista, y por temor a ser enviado al frente de guerra en Irak en la denominada guerra, “Tormenta del desierto”

decidió salir de su país hacia México antes que le llegara la indeseable carta indicándole su punto militar de concentración más cercano. Así el once de noviembre, justo el día que prácticamente iniciaron las hostilidades en Irak, nuestro amigo ya había cruzado la frontera mexicana y no detuvo su marcha hasta llegar lo más lejos posible de su país, mal llamado Norteamérica. Paradójicamente seguía en Norteamérica y para colmo dentro de Estados Unidos, solo que, Estados Unidos Mexicanos, pero siempre de Norteamérica.

Se le dibujaba una sonrisa de satisfacción en su rostro frente al espejo, esa mañana en Veracruz mientras se colocaba unos lentes oscuros en el cuello de su playera estilo hawaiana. Se dirigió al amplio ventanal de

vidrio que daba una vista hermosa a la playa y a un sol matutino que invitaba a vivir. Accionó el mecanismo que corría las cortinas dejando entrar el sol por toda la habitación.

-“Chale” mi genio, que “Jodarria”, ya déjame dormir,-se quejó Noé mientras se tapaba la cara con una mano para evitar los rayos directos del sol.-No “La’gas” mi genio. ¡Tengo hartos sueños!

El americano ríe de buena gana.

-Arriba holgazán que vamos a la playa, nos metemos un buen desayuno y además necesito comprarte ropa.

Noé asintió bostezando perezosamente.

-No “Pos” siendo así, “Pa” luego es tarde. Nomás deja “Me’cho un riego.

Y dando un salto desde la cama, se dirigió al baño.

Mientras Noé se bañaba, el americano bajó al lobby del hotel donde había trajes de baño exhibidos para su venta.

Cuando Noé salía del baño, el americano ya le tenía en la cama una bermuda y una playera juvenil y una gorra deportiva.

-¡Órale! –Exclamó Noé cuando vio la ropa- ¡No te mediste mi genio! Esta padrísima la ropa. Sí no fueras tan feo te daría un beso.- le dijo riendo de buena gana mientras le daba una palmada en la espalda.

El americano rió de la ocurrencia del chaval.

Tiempo después nuestros amigos desayunaban en una palapa restaurante a la orilla de la playa en Boca del Río. Disfrutaban

de un succulento pescado frito. Noé había escogido un pescado como de casi medio metro de largo y lo degustaba prácticamente con todo y las espinas rostizadas, mientras no paraba de comentar sobre lo bien que se la estaba pasando con su genio. Todo el día se la pasaron en la playa y remataron el tour al final de la tarde visitando el inmenso aquarium por la zona de los muelles en donde podían apreciarse diferentes especies en su ambiente natural, a través de inmensos cristales desde donde se podía ver además como expertos biólogos marinos en sus trajes de buzo alimentaban a los tiburones y otras especies.

Por la noche y ya en la habitación del hotel el americano, enfundado en una bata de baño mientras se cepillaba los dientes desde el

lavamanos del baño que estaba con la puerta entreabierta, y viendo de reojo a Noé quien estaba tirado en su cama viendo la televisión, le dijo balbuceando con el cepillo entre los dientes.

-¡Ya no me dijiste cuál es tu primer deseo!

Sin vacilar, Noé dijo:

-Encontrar a mi jefa. Eso es lo primero que quiero.

El americano terminó de cepillarse y regreso a la otra cama, mientras le decía a Noé.

-Eres un muchacho muy noble. Otro en tu lugar podía pedir joyas, dinero, lujos, carros, hasta aviones quizá.

Noé en tono picaresco comenta dejando entrever que era broma.

-Eso también, pero “Pa” después.

El americano que comprendió el chiste del muchacho agrega poniendo cara de seriedad.

-Pero tú pides algo que me ha dejado asombrado porque refleja tu ternura: Encontrar a tu mamá.

Noé apagó la Televisión y con cara de inmensa tristeza, dijo:

-Es que la extraño “Re’te hartó” mi genio. Ahora que te tengo a ti, que nada me hace falta, que tengo comida de sobra, pienso que a lo mejor mi mamá y mis carnales no tienen nada “Pa” tragar.

-No digas eso Noah.-Le dijo el americano acercándosele.-Mira, estoy seguro que tus hermanos cuidan de tu mamá y no les falta

por lo menos lo necesario.

-No te creas mi genio, mi jefa ha sufrido “Rete gacho”. Casi nunca teníamos que tragar en la casa con mi jefe que solo borracho se la pasa...

Bueno – Dijo el genio interrumpiendo a Noé-
No nos pongamos dramáticos. Me harás llorar. Mañana iniciamos la búsqueda de tu madre. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

-Ni idea. Pero sí conozco donde vive mi abuela. Es allá en Zacatecas.

-Eso está muy lejos – Dijo el americano-
descansemos y mañana nos vamos a zacatecas.

Conocida como la ciudad con "Cara de piedra y corazón de plata", la ciudad de Zacatecas reina sobre las mesetas azotadas por el viento del Estado Zacatecas.

Está ensartada entre dos grandes colinas: el Cerro de la Bufa y el Cerro del Grillo; sus angostas calles empedradas y callejones peatonales que con sus subidas y bajadas pasan a través de parques y edificios construidos en cantera rosa y color durazno. Contiene una de las mejores colecciones en el hemisferio de arte antiguo del mundo; sorpresivamente, alberga dos de los mejores museos en México. Zacatecas recibe pocos visitantes extranjeros; los norteamericanos por lo tanto se sienten especiales y son tratados como verdaderos huéspedes por los orgullosos habitantes de la ciudad.

Hay dos atractivos de las mejores del país: un viaje por abajo de la tierra a una mina de plata y un teleférico que se balancea por un cable por encima de la ciudad. Existen dos hoteles de Clase Mundial, varios de tres, cuatro y cinco estrellas, y un puñado de buenos restaurantes.

Debido a su ubicación en un barranco, tiene una calle principal (Avenida Hidalgo) que corre de sur a norte a través del centro de la ciudad; comienza en el sur pasando por abajo de un bello acueducto de la era colonial y continúa hacia el norte pasando por la Plaza de Armas, después por el centro y al final por el Ex-convento de San Francisco y el Museo Rafael Coronel.

Reinando sobre el centro de la ciudad se encuentra La Bufa, un bello cerro de piedra.

La colina ofrece inmejorables vistas de la ciudad, al igual que tres de las atracciones de mayor interés. El santuario es una pequeña capilla consagrada en 1728. Cerca se encuentra el Museo de la Toma de Zacatecas, dedicado a la batalla revolucionaria que se libró en Zacatecas en 1914. De frente al museo se encuentran tres enormes estatuas de bronce de los héroes de la batalla: Pancho Villa, Pánfilo Natera y Felipe Ángeles. Un moderno teleférico con tecnología suiza conecta la ciudad con La Bufa, (viaje de ocho minutos que opera diariamente). Noé y su genio habían llegado a esta hermosa ciudad y el mismo botones del hotel donde se hospedaban les había recomendado visitar la Mina del Edén. El viaje comienza tomando un pequeño tren hacia los adentros de la

mina; -Había dicho el botones- Luego debe seguirse un corto tour a pie mientras un guía les cuenta la trágica historia de la mina. – Decía emocionado el botones, que casi extendía la mano esperando una buena propina.- La historia va más o menos así:

Trabajadores forzados aguantaron dificultades indecibles para arrastrar toneladas de plata de las profundidades de la mina que se encuentra a mil quinientos pies de profundidad. La mina abrió en 1586 y fue trabajada hasta que en 1964 se inundó hasta sus niveles más altos. ¡Lo crean o no, ahora existe una discoteca bajo la tierra en la mina!-Concluyó el botones mientras agrandaba sus ojos negros.

Y nuestros amigos no vacilaron en seguir la recomendación del botones. En unos

minutos ya se habían desplazado al sitio referido y todo acontecía tal cual.

Era para volver loco a cualquiera. De pronto aquel fascinante tour en lugar de terminar ¡Apenas si comienza! El espectáculo moderno bajo tierra no puede ser más que excitante y sorprendente.

El americano y Noé estaban perplejos de semejante y original idea. El ambiente allí era fascinante. La noche apenas iniciaba y el ambiente allí era contagioso e insinuante a disfrutar la vida. Nuestros amigos no iban a perderse de semejante diversión. Noé se sentía en ambiente y pronto ya andaba bailando en la pista aumentando el grupo de bailadores que sin o con pareja se contorneaban al ritmo de la música ensordecedora. El americano, permanecía en

su mesa disfrutando un coñac.

A intervalos Noé se le unía para tomarse un refresco en botella plástica que luego se llevaba a la pista mientras seguía en el bailongo.

-Vamos mi genio échate una “Rascadita”, esto esta ¡Rete padre!- Le gritaba Noé desde la pista, a la cercana mesa del americano. Este reía de buena gana negando con la cabeza. Disfrutaba ver la felicidad de aquel muchacho a quien sólo tenía unos pocos días de conocer pero que le llenaba la vida de alegría y lo mantenía ocupado en actividades paternalistas que el americano disfrutaba.

No se había percatado que Noé en cada viajecito a su mesa se tomaba parte del licor que estaba en alguno de los vasos que él no

terminaba de consumir mientras pedía otro a las hermosas meseras que de cuando en cuando se quedaban con él, acompañándolo.

Pasadas unas horas, el americano ya no pedía copas sino que botellas de tequila.

Y Noé terminó finalmente acomodado en la mesa cansado de tanto bailar y con la euforia producida por los tragos que se había tomado a hurtadillas de su genio terminó bailando con una gordita edecán la cual, al percibir que Noé ya se le andaba durmiendo en sus descomunales pechos semidesnudos, optó por llevarlo a la mesa de su compañero.

Pese a su corta edad, Noé era de estatura esbelta que lo hacía verse no de trece años sino de unos diez y siete años, además su vida de la calle lo había hecho de modales

rudos y rasgos fuertes, aunque era de piel cobriza estaban marcadas en su piel los rasgos del sol soportado diariamente mientras deambulaba por las calles en vendimias que tiangueros le daban para ayudarlo.

Esa noche en la penumbra de la discoteca y vestido con ropa decente que el americano le había comprado Noé se veía impotente y apuesto, pese a que el licor lo tenía ya embrutecido y casi no articulaba palabra.

El americano se dio cuenta de inmediato que su amigo se había emborrachado y aunque él no lo había invitado a trago alguno, se sentía responsable por eso. El americano regresó al hotel con Noé prácticamente a sus espaldas ya que no tuvo más remedio que cargarlo desde la discoteca hasta la

habitación del hotel.

Era ya de madrugada y después de dejar en su cama al muchacho, el americano prácticamente se derrumbó en la suya durmiéndose como si un rayo lo hubiera fulminado.

Eran las nueve de la mañana cuando el americano despertó al escuchar unos gritos en el baño de la habitación.

Era Noé que no soportaba las punzadas de los dolores de cabeza ocasionados por la cruda espantosa. El americano desde la puerta del baño, reía a carcajadas al ver el estado calamitoso de su pequeño amigo.

-Es el precio que pagamos por emborracharnos- Le dijo a Noé entrecortando las palabras con su carcajada.-

-No te rías de mi “Ñero” se siente “Re’gacho”-suplicó Noé mientras se sostenía con sus dos manos el estómago y sin poder enderezar su cuerpo.

Pero el americano seguía riendo sin poder detenerse.

-Acá tenemos el remedio.-Le dijo a Noé, mientras se dirigía al pequeño frigorífico de la habitación en donde habían botellitas minúsculas de licores de diferentes marcas, además tenemos refrescos y algunas carnes frías. El americano destapó una de las botellitas y se la ofreció a Noé mientras el destapaba otra para sí mismo.

-Así es mi amigo, la cruda se cura con un buen trago.

Noé vaciló, pero al ver como el americano

tomaba de buena gana la botellita, hizo lo mismo.

Horas más tarde, el blanco auto se desplazaba lentamente por las calles de una colonia marginal en las afueras de la ciudad. Noé apenas si recordaba donde vivía su abuela. Tenía siete años cuando su madre lo llevó a visitarla la última vez desde el distrito federal cuando todavía podía decirse, eran una familia.

-Es la última casa, "Pa'yá"-Señaló Noé con su dedo hacia una "casucha" dispersa al final de la lotificación desordenada donde las casas distaban muy lejos unas de otras, mediando muchos sitios baldíos entre ellas.

El auto se detuvo justo enfrente. Una anciana entreabrió la puerta que daba al

corredor de la vieja casita y casi de inmediato, reconoció a su nieto.

-Noé, mi cielo-dijo la anciana- ¡Qué milagro verte! ¡De veras! ¡Pero que grandote qué te ves! – Y Noé corrió hacia ella abrazándola. El americano no se alejó de su auto y permaneció de pie con la puerta entreabierta apoyando uno de sus brazos sobre la parte superior del coche. Miraba la escena con ternura y una sonrisa de satisfacción casi de felicidad iluminó su blanco rostro donde le brillaban sus flamantes ojos azules. Estaba conmovido. Su rubio cabello era movido por el gélido aire que aquella mañana parecía herir más que refrescar.-

-Pásale mi “Ñero” –Gritó Noé, ¡Ven a conocer a mi abuela! Ella es la jefa de mi jefa.

El americano avanzó a grandes pasos hasta el corredor de la casa y saludó de abrazo también a la abuela.

-Dejen que les preparo un “Faje”- Dijo ella- Deben traer hambre.

-Pos hambre, hambre, no.-Dijo Noé, -Pero conociendo tus quesadillas tan rete sabrosas, ummm, claro que me como las que sean.

La abuela sonrió mientras le daba una palmadita en la espalda a su nieto.

Tiempo después nuestros amigos y la abuela degustaban unas sabrosas quesadillas y la abuela que casi no comía dijo:

-Pos tu mamá, la Julia anda muy mal. Vive con un patán allá por Guadalajara. El “Poncho” tu hermanito esta desnutrido y ese sinvergüenza maltrata a mi Julia y a mi “Ponchito”- Exclamó la anciana casi al borde de una traicionera lágrima.

Noé sintió que el bocado se le atragantaba al oír aquello.

-Como está eso que golpea a mi jefa ese tipo, abuela.-Dijo alzando la voz.

-Como lo oyes. La última vez que fui a visitarlos hace ya como seis meses me costó localizarla allí por unos talleres donde deshuesan autos usados creo que serán hasta robados “Mi’jo”.

-No sigas “Abue”. Yo iré por ella, -dijo, mientras miraba al americano como

pidiéndole confirmación de lo que acababa de decir.

-Desde luego que iremos, y de hecho ahora mismo vamos para Guadalajara Noah.- Le dijo el americano, mientras se calaba su gabardina que hacia un momento se había quitado para acomodarse en la humilde pero pulcra mesa de la abuela para saborear aquellas deliciosas quesadillas.

Noé abrazó a la abuela y se despidió de beso mientras le decía:

-Tranquilízate “Abue”, ya verás que pronto te traigo a mi jefa “Pa’ caites” ya lo verás.

-Vayan con Dios –Terminó la abuela mientras nuestros amigos se alejaban hasta el auto.

Media hora después, el palomo como lo llamaba Noé, se deslizaba a máxima

velocidad sobre la autopista hacia Guadalajara.

De Zacatecas a Guadalajara la distancia no era mucha. Deberían retomar la autopista de regreso a Aguascalientes por donde habían llegado unos días antes cuando viniendo de Veracruz pasaron por el Distrito Federal rumbo a Zacatecas. Esta vez deberían tomar la autopista hacia el occidente, dejando la que continua hacia Querétaro y el Distrito federal para finalmente llegar a la sultana de occidente como también se le llamaba a la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Después de unas 4 horas de viaje. Nuestros amigos se encontraban ya en la ciudad de Guadalajara. Siguiendo las indicaciones de la abuela cruzaron toda la ciudad hacia el extremo Norte, donde efectivamente estaba la zona

de talleres mecánicos.

La abuela les había indicado que el taller donde Julia vivía era el último en la única calle que desde la calzada principal llegaba hasta el fondo donde iniciaba el acceso a una hacienda.

Eran aproximadamente las cinco de la tarde cuando el Plymouth se desplazaba por la callejuela llena de baches y partes de autos que parecían pretender detener el paso de los vehículos más que permitir su acceso.

Antes de llegar al lugar, nuestros amigos habían deambulado un poco admirando las bellezas de la ciudad sin dejar desde luego de disfrutar las famosas tortas ahogadas, un plato típico de la región que consistía en un pan relleno de carnes al gusto del cliente,

algunas legumbres y otros aderezos. Se les llama ahogadas porque una vez preparadas son introducidas en una bandeja llena de salsa de chile.

A esa hora, la zona de talleres estaba desolada. No se veía un alma por toda la calle ni parecía haber actividad alguna dentro de los talleres.

Se escuchaba el trinar de los pájaros en los alrededores arbolados mas allá de la zona de talleres.

Finalmente el americano detuvo bruscamente el auto.

-¡Allí!- Señaló- ¡Un niño!

Noé giró su cabeza hacia donde señalaba el americano y efectivamente, entre la maleza cubierta de polvo entre los muros del último

taller y lo que restaba para llegar al viejo portón de fierro, se podía adivinar la diminuta figura de un niño de unos seis años que oprimía contra su pechito una “Caguama” un tipo de cerveza en envase grande y oscuro. Más que contra su pecho, la “Caguama” se deslizaba por el estómago del niño quien hacía esfuerzos sobrehumanos para su edad para evitar que se le desprendiera de sus infantiles manitos.

La escena era patética. El niño desnutrido sucio y desnudo completamente y con su carita sudorosa por el esfuerzo y la debilidad donde se le notaba las huellas de un llanto reciente, sosteniendo la botella.

Noé saltó del vehículo, su instinto le decía que aquel era poncho, su hermanito del alma. Corrió hasta el niño quien sin

reconocer a su hermano se echo a correr tirando la “Caguama”.

Noé que ya había reconocido a su hermanito logra alcanzarlo y lo abraza con ternura.

-Soy yo, “Poncho”, soy tú carnal, ¡Noé! No llores. Vengo a buscarte a ti y a mi jefa “La neta” que si, “Por éstas”, mírame la seña. - Le dijo Noé mientras hacia la señal de la Cruz con sus dedos en referencia a juramento.

El niño seguía llorando y gritando y solo se calmó cuando Noé le dijo que su jefa era Julia.

Al escuchar los gritos de su hijo, Julia había salido hasta el portón y al ver el auto y al americano pensó lo peor. Que a lo mejor le estarían robando a su nene.

Iba a gritar pidiendo auxilio cuando

reconoció a Noé. Y la angustia se le convirtió en felicidad.

-¡Noé! “Mi ‘Jo”, ¡Pero qué susto qué me has dado!-Reclama dulcemente Julia mientras ambos acortaban la distancia que los separaba para encontrarse fundiéndose en un abrazo, sollozos y lágrimas.

Hacia tres años que no veía a Noé, y nada sabía de él desde que abandonó la capital mexicana. Julia con su cuerpo moreno, esbelto y delgado de facciones indígenas delicadas no ocultaba el vejamiento al que era sometida por su pareja como había dicho la abuela. Vestía unos harapos, restos de un pantalón mezclilla que aunque limpio estaba descolorida de las tantas veces que habría sido lavado para ser vuelto a usar enseguida. Una vieja blusa blanca se adivinaba debajo

de un suéter raído de lana en color amarillento grisáceo y manchado de restos de aceite de motor de auto. Descalza.

El americano, se había acercado hasta ellos y permanecía mudo. En su país algo así sería imposible de verse jamás o al menos en sus años de vida, a él nunca le había tocado ver cosa semejante. El corazón le latía de prisa. No tenía idea de que procedía hacer en esos casos.

Después todos se encaminaron hasta el fondo del taller donde en un extremo de una de las galeras había una habitación hecha con cartones, fierros y restos de madera. Si la primera escena en el portón había dejado mudo al americano, quien seguía a Noé y a su familia de cerca sin atreverse a mover los labios, aquel hábitat lo puso al borde del

colapso. La carencia de lo más elemental era obvia en aquel lugar. Dormían en el suelo sobre unos cartones y se cubrían con restos de trapos viejos a manera de cobertor. La estufa era un block de cemento en donde se enroscaba una especie de resistencia de la cual salía un viejo cable eléctrico que remataba en un viejo tomacorriente. Allí estaban una lata oxidada con aza de alambre de amarre forrado con un trapo pretendiendo servir de recipiente para hervir unos frijoles.

Unas hojas de nopal permanecían tiradas sobre una tabla donde serían preparadas para ser cocinadas. El piso era de tierra sin ninguna protección de madera o cemento.

El frío era inclemente y no entendía el americano, cómo aquel niño podía soportar

desnudo, semejante temperatura.

Ya había caído la noche. Julia encendió la vieja y amarillenta bombilla y pretendió seguir en sus quehaceres.

En aquel momento se escucha un grito a lo lejos.

-¡Julia! “¿Dond’sta” mi “Caguama?”

Era el hombre de Julia, quien dormía la borrachera en el otro extremo del gran corredor del taller. En la oscuridad se podía adivinar la gordiflona figura tambaleante del tipo, quien con su voz aguardentosa seguía reclamando su bebida. Mientras se dirigía amenazante hasta el cuchitril donde vivían.

Nadie respondió, Julia se sentía apenada ante su hijo y el americano que seguía sin decir palabra alguna tratando de digerir todo

aquello que estaba pasando ante sus ojos.

El poncho, no se desprendía de los brazos de su hermano quien ya le había cubierto su cuerpecito con la chamarra, la cual no vaciló en quitarse para proteger del frío al niño.

Todos veían la grotesca figura del gordiflón que se acercaba amenazante. Noé voltea la cabeza para encontrarse con los ojos de su madre que también le miraba y como si le adivinara el pensamiento en una unidad de voluntades infinitas, le dijo:

-Vine por ti y el poncho “Má”, y “Jalémole”
No pienso dejarte aquí.

El americano escuchó a Noé y toma acción caminando rumbo al portón del taller como si Noé se lo hubiera ordenado, detrás Noé con el Poncho en sus brazos y Julia por

delante seguían por la oscura senda donde más allá en la calle estaba el Plymouth listo para sacarla de aquel infierno.

Todavía se escuchaba a lo lejos la voz aguardentosa del borracho pidiendo su “Caguama”, repitiendo el nombre de Julia en forma autoritaria y amenazante.

Tiempo después y a una indicación de Noé, el americano se dirigía ya por la autopista de occidente a la altura del aeropuerto internacional de Guadalajara rumbo a la ciudad de México. Se habían tomado un tiempo para comer y el americano generosamente compró ropa y zapatos para Julia y Poncho en una tienda de auto servicio por la periferia de la ciudad.

Julia no comprendía toda aquella

generosidad, pero la aceptaba de buen gusto porque en las condiciones en que ella estaba no había tiempo para rechazar ayuda alguna.

Después de haber pasado la caseta de cobro, Noé entabló conversación con su Genio y narra a su madre toda aquella aventura con lujo de detalles ponderando con su imaginación de niño cada cosa que decía.

El americano asentía en todo lo que Julia requería como reafirmación de lo que Noé le contaba.

Noé viajaba en el asiento trasero donde había acostado al Poncho que hacía mucho se había dormido. Julia viajaba en el asiento delantero junto al americano quien conducía.

Noé tocando la espalda del americano le dijo.

-Bueno mi Genio, por ahora está cumplido mi primer deseo.

El americano sonrió con satisfacción y no dijo palabra alguna.

Julia no escuchó esto último porque hacia rato se había quedado dormida. Noé también terminó por acomodarse junto a su hermanito en el asiento trasero del auto y finalmente se queda profundamente dormido acogido por la deliciosa calefacción acondicionada del vehículo.

El americano sonreía satisfecho y complacido por los últimos acontecimientos y ahora estaba convencido de que si ciertamente no era ningún genio, la vida lo había puesto en

ese camino para socorrer a aquella familia. Aprovecha que Noé se durmió para poner su música favorita, esta vez a bajo volumen por la sana intención de no despertar a Noé quien seguramente cambiaría el disco compacto por alguno de “La Changa”. Mientras el vehículo se desplazaba por la autopista, sonaban las sobrias notas musicales del “Canon en Re” de Pachelbel. Si Noé hubiera escuchado esa música, hubiera comentado que era justamente para dormir, como lo estaba justo ahora.

Cuatro horas mas tarde y ya casi era medianoche, El auto llegaba a la caseta de cobro del peaje por el sector de Santa Fe donde comenzaba la ciudad de México.

Los durmientes despertaron casi al unísono y ante sus ojos se desplegaba el manto de luces multicolores del valle de México como si el cielo estuviera a sus pies cubierto de estrellas.

Todo un espectáculo, digno de admirarse aún bajo el inclemente frío de la madrugada por ese sector de la reserva forestal llamada “El Desierto de los Leones”.

Después de pagar el peaje, el americano para contemplar mejor aquella maravilla nocturna, estacionó su vehículo junto al autoservicio. Todos bajaron y se dirigieron al local para soportar mejor el frío que fuera del auto era insufrible a aquella hora de la ya casi madrugada.

Dentro del local la temperatura acogedora les permitía seguir disfrutando del paisaje nocturnal mientras además aprovechaban para tomarse un cafecito calentito acompañado de unos panes y bizcochos.

Tiempo después nuestros amigos llegaban al centro de la ciudad, que como siempre era un laberinto y parecía que allí nadie dormía puesto que el ambiente nocturno no diferenciaba mucho del diurno.

Finalmente se alojaron en un hotel familiar por el sector de Tacuba, esta vez Julia y sus hijos durmieron en la misma habitación y el americano por fin después de muchos días, tenía para sí solo, una habitación.

Noé toca muy temprano a la puerta de su Genio.

El americano desperezándose y enfundado en una bata de dormir, entreabrió la puerta.

-Ya párate mi genio, es hora de que vayamos a tragar, tengo “Rete harta” hambre.

-No te apures que ahora solo me doy un baño y salimos, avísale a tu madre.

Durante el desayuno en el restaurante del hotel, Julia aprovecha para agradecer al americano por todo lo que estaba haciendo por ellos.

-Y Que Diosito y la Virgen de Guadalupe se lo paguen –termina diciendo al americano quien a manera de broma bajando la voz como si dijera un secreto muy cerca del rostro de Julia, comenta:

-Ni se lo recuerde a Diosito, Julia. Porque yo le debo mucho. El Señor conmigo ha sido demasiado bueno y me ha dado siempre más de lo que merezco. Si le recuerda que me pague lo poco que yo he hecho por ustedes, me puede reclamar que todavía no les he dado lo suficiente, si él me ha dado tanto.

Julia sonrió, captando el mensaje.

-Es usted un hombre muy bueno.

El americano volvió a interrumpirle con amabilidad.

-Bueno solo es El Señor Julia. Todo cuanto recibamos todos los días ya sea bueno o malo, debemos darle gracias siempre al Señor.-Hizo una pausa, luego prosiguió- y agradecer es complacerlo haciendo siempre lo que él hace todos los días por nosotros.

Julia conmovida, suspira, para decir suavemente.

-Habla “Usté” muy bonito. Se ve que la vida lo ha tratado bien como dice. Pero en mi caso la vida me ha tratado de “La patada”. Yo me junté muy joven con el papá de mis tres hijos...

El americano interrumpió con delicadeza y asombro, a Julia.

-¿Tres hijos? ¿Hay más?

En ese momento entro Noé que no paraba de jugar con su hermanito en el área infantil.

-Si mi “Ñero” me falta la Cecilia. Ella es mi hermana. ¡“Rechula” la condenada!, ¡tiene los ojos verdes como el mar! ¡Ya la conocerás!

Capitulo II

La ciudad de Tapachula en el estado sureste de Chiapas, permanecía inundada y literalmente sus calles eran ríos que anegaban hasta las banquetas donde los transeúntes trataban de protegerse. Los vehículos que podían circular por aquel río de agua circundante y sucia levantaban inmensos oleajes que se estampaban contra las paredes y cristales de los locales comerciales.

El americano trataba difícilmente de buscar un punto de referencia y hasta parecía que el Plymouth que conducía flotaba en el agua.

Finalmente arribó al hotel Kamiko donde logró aparcar finalmente y corriendo bajo

la lluvia llega hasta la recepción para registrarse y poder pernoctar allí.

Hacía mas de cinco días que había dejado a Noé y su familia en una casa rentada por el sector de Tacuba en el Distrito Federal.

Viajó solo a Tapachula y aunque Noé quería acompañarlo logró convencerlo que se quedara como “El hombre de la casa” mientras él, con las referencias dadas, iría por Cecilia para llevarla a casa.

No era mucha la información que Julia había obtenido del papá de la chamaca, quien vivía por la zona de Atizapán en el estado de México. Como bien lo dijo Noé, su padre era un borracho y Cecilia era quien tenía que cuidarlo. Cecilia era una niña de apenas 11 años. Cuando su padre se “Juntó” con otra

señora del barrio, quien le hizo la vida imposible a la niña optando esta por huir de la casa paterna. Sin embargo esto de que huyera su hija, a Julia no la convencía. Ella conocía bien a su nena y presentía que algo ominoso estaba detrás de todo este asunto. La única referencia válida que tenían de ella es que en alguna ocasión se comunicó al teléfono de un “Tendajón” situado en la misma calle donde vivía su padre y dejó un número de teléfono que por alguna razón nadie contestaba ya, cuando el americano probó con Noé varias veces desde el Distrito Federal.

Lo único que sabían es que el número era de Tapachula por el código LADA o área de ciudad que era 962.

Ya instalado en el hotel, el americano buscaba en un directorio telefónico que había en su habitación, el número telefónico que disponía, para ubicar la dirección.

Al día siguiente muy temprano, el americano se encontraba ya, frente a la casa que según el directorio telefónico era la dirección del número telefónico que dejó como referencia Cecilia la última vez que se comunicara con su familia.

Era una pastelería, el negocio recién abría aquella radiante mañana soleada como todas en esa ciudad, ni rastros de aquellas inundaciones que el día anterior por la tarde habían sorprendido al americano. Al contrario, la ciudad estaba limpia, ¡lavada!

Hasta el sol de aquella mañana parecía un

cristal recién tallado por un trapo de seda y sus rayos eran ya inclementes pese a que iniciaba el día.

“Festilandia” se llamaba aquel negocio de pastelería y fiestas infantiles.

Una señora muy gorda, de tez blanca bronceada, luciendo un pronunciado escote donde se veían numerosas cadenas de oro y plata que brillaban con los rayos del sol, y que hacían juego con otras tantas pulseras enroscadas en sus gruesas muñecas regordetas y brazos ,daba instrucciones a su ayudante , un muchacho moreno de rasgos indígenas puros, de unos catorce años de edad, de baja estatura quien con enfado cargaba sillas plásticas en la carrocería de un viejo pick up marca Ford color verde claro y que en sus costados podía leerse el nombre

del negocio.

La señora gorda no dejaba duda alguna que era la dueña de aquel negocio. Entraba y salía del local dando instrucciones casi a gritos.

El americano se aproximó y saludó con amabilidad.

La Señora cambió totalmente su actitud y posiblemente pensando que se trataba de algún cliente para alguna fiesta infantil de las que ella organizaba, se mostró cortésmente al responder el saludo del americano quien sin perder tiempo fue directo al tema de Cecilia.

La Señora gorda, negó todo conocimiento sobre el asunto y con falsa cortesía le dijo al americano que lamentaba no poder ser útil

sobre lo que él buscaba y que lo disculpara porque tenía que seguir atendiendo sus deberes de empresaria.

El americano se despidió con cortesía, dirigiéndose a su Plymouth que estaba aparcado mas adelante frente al negocio contiguo, una tienda de materiales eléctricos llamado “La Chispita” donde aun no habían abierto todavía a esa hora de la mañana y estaba libre el acceso de clientes.

Estaba por subirse al auto cuando el muchacho ayudante de la pastelería lo alcanza.

-La Ceci sí trabajó aquí- dijo sin vacilar- pero se fue con unos señores de los altos según que “Pa” trabajar allá- y dicho esto, el muchacho señalaba hacia las montañas del

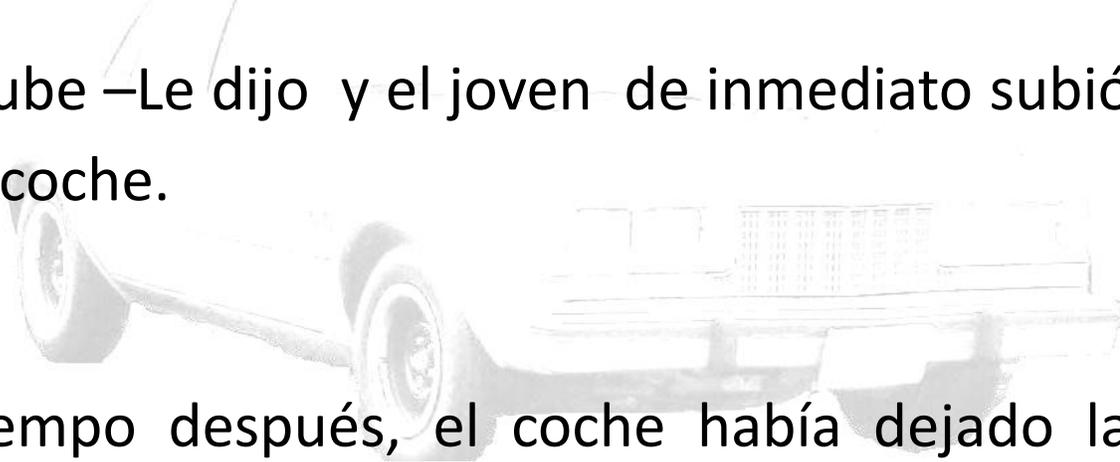
Norte. El americano reaccionó ipso facto.

-¿Estas seguro muchacho? ¿Tú conoces a esas personas que se la llevaron?

-Si señor y si usted quiere le llevo con la Ceci-dijo el joven indígena sin ocultar su ansiedad-pero eso es reharto lejos.

Advirtió al americano quien no lo pensó un segundo para decidirse:

-Sube –Le dijo y el joven de inmediato subió al coche.



Tiempo después, el coche había dejado la ciudad de Tapachula y se dirigía por la autopista rumbo a Huixtla. A partir de allí dejarían la autopista para tomar la carretera federal o “libre” como también la llamaban

por no ser de peaje, hacia Motozintla. Cuando era el mediodía llegaron a Frontera Comalapa, comunidad esta que estaba fronteriza a Guatemala.

Allí se detuvieron para comer algo mientras se abastecían de combustible, para luego proseguir el viaje.

Roberto que conocía a la “Ceci” como el llamaba a la joven muchacha, no pronunciaba palabra mas que para indicar al americano el camino a seguir. En algún momento le había referido al americano cual era su nombre cuando éste se lo preguntó. No había duda que era un chico introspectivo, taciturno y respetuoso. Contrario a Noé que era todo parlanchín y alegre, Roberto no parecía impresionarle nada del auto, ni siquiera oír música. Todo el

viaje transcurría en silencio. El americano trataba de hacer plática pero Roberto solo lo miraba de soslayo y esbozaba una sonrisa entreabriendo sus labios como si se dispusiera a decir algo, pero solo medio mostraba sus tiernos y blancos dientes, enarcando una ceja.

Seguían ya por la ruta federal hacia Comitán de Domínguez, comunidades estas todas llenas de una mágica belleza, verdes bosques exuberantes y un cielo impresionantemente azul. ¡Tierras mayas! Solo el hilo grisáceo del asfalto de la carretera distorsionaba aquel panorama así como dispersas y pequeñas comunidades que se fundían en multicolores escenarios como caprichosas pinceladas de una pintura imaginaria. Cuando por fin llegaron a Ocosingo eran ya las cinco de la

tarde.

Lo primero que se nota es el cambio de clima pues en Tapachula y otras comunidades que dejaron atrás ese día el clima era caluroso y húmedo y en Ocosingo es montaña por lo tanto hace frío el clima decae casi totalmente especialmente a esa hora de la tarde.

Los cipreses y pinos susurraban al ser acariciados por ligeras ventiscas frías.

El americano y Roberto Iban ya rumbo al centro de la ciudad para buscarse un hotel. La cansada jornada de ese día y de días anteriores habían acumulado en él huellas irrefutables de que necesitaba un reposo y relax inmediato.

Así llegaron al Hotel “San José” Que ofrecía un impresionante entorno de exuberante belleza natural. Esa villa como otras comunidades que ya habían dejado atrás ese día durante su viaje desde Tapachula, era una región cafetalera y el paisaje estaba lleno del ambiente propio de esa agroindustria.

Después del registro de rigor, nuestros amigos estaban instalados en una de las lujosas habitaciones del Hotel donde los turistas eran recibidos como verdaderos reyes y atendidos con toda consideración por el personal en turno.

Todavía les faltaban unos treinta kilómetros hasta San Cristóbal de las Casas.

Mas tarde y después de haberse recetado una succulenta y merecida cena en el sobrio

restaurante del hotel, el americano y Roberto fueron a dar un paseo en el coche para disfrutar del ambiente nocturno. Se adivinaban todavía incipientes vestigios de un reciente enfrentamiento entre militares y los guerrilleros del EZLN en algunos sectores de la comunidad especialmente en la zona del hospital.

Aun en la noche podía apreciarse en el área del mercado quizá preparándose para la vendimia matutina del siguiente día, un tráfico de vehículos con maíz, frijoles, caña de azúcar, plátano, tomate, cítricos, hortalizas.

Algo que llama la atención es la venta en abundancia de miel que procede según , de una zona de la selva Lacandona llamada “La mielera”.

Además por doquier se vende el queso de bola que es un producto típico de la región, así como mantequillas y cremas.

Los bosques circundantes de la región son de maderas preciosas como, caoba, cedro rojo, ceiba, pino y encino que mas allá se unen a la exuberante selva rica en flora y fauna y mantos acuíferos, y los bellos lagos Miramar Ocotál y Naja. Ocosingo es Tierra Maya con unas 70 zonas arqueológicas dentro de las que destacan Yaxchilán, Bonampak y Toniná. Siguiendo aquel paseo nocturno nuestros amigos pasan por las bellas iglesias coloniales que a esa hora están llenas de tzotziles predominante población de la región y quienes en la mayoría de casos son católicos a su manera. Continúan después a la zona de establecimientos comerciales

donde se encuentra incluso a aquella hora de la noche, calzado, abarrotes, ropa, artículos de ferretería, farmacias, muebles, aparatos eléctricos, refacciones, alimentos, gasolineras y bancos.

Nuestros amigos se dirigieron a la plaza donde en alguna inscripción se lee que Ocosingo significa "Laguna del Señor del Humo Negro".

Su plaza conserva dos testimonios de la época colonial, una caja de agua de planta hexagonal, y la Iglesia de San Jacinto sede del convento Dominico desde donde se gobernaba en épocas de la colonia otras comunidades.

Después de disfrutar de unos espectáculos folklóricos que esa noche se realizaban en la

plaza, nuestros amigos volvieron al hotel, casi al filo de la media noche.

A la mañana siguiente el blanco auto a quien además el personal del hotel había acicalado y hasta un agradable perfume a lavanda despedía en su interior, se desplazaba por la ruta hacia San Cristóbal de las casas.

Era notorio en Ocosingo el efecto dejado por los logros obtenidos por la guerrilla en su reciente lucha librada contra el gobierno. se podían ver por doquier comunidades zapatistas ,escuelas zapatistas "municipios libres" y por donde se viera había pobreza contrastante con la riqueza de unos cuantos que ostentaban casas con lujos de primer mundo. Todavía hay mucha pobreza y posiblemente eso dio origen al levantamiento guerrillero zapatista.

En unos pocos minutos nuestros viajeros llegaron a San Cristóbal poblado muy bonito con vida nocturna y mucho que ver y disfrutar con excelente café y chocolate que se compra en los cafecitos de allí donde precisamente ya, el americano y Roberto disfrutaban de un desayuno típico aquella mañana.

La ciudad estaba llena de turismo y actividad comercial. Comerciantes que regateaban hermosos tejidos autóctonos con los chamulas que los tejían a mano en talleres caseros. Luego estos comerciantes locales los vendían a precios exuberantes a los turistas que se disputaban por conseguir estas telas y vestuarios típicos.

Llegar a San Juan Chamula era cosa de minutos ya que distaba apenas unos diez

kilómetros desde San Cristóbal por una recién ampliada carretera. San Juan Chamula Se ubica en el Altiplano Central donde se impone el paisaje montañoso, sus coordenadas geográficas son 16° 47'N y 92° 41'W, su altitud es de 2,260 msnm, esto nos da la idea de ser quizá el punto más elevado de los altos de Chiapas.

En esta región predominan todos los elementos que indican el triunfo del movimiento guerrillero zapatista llamado FZLN, de aquí por el Norte está San Andrés Larráinzar, sede de los famosos acuerdos entre zapatistas y el gobierno.

Hay doce kilómetros de San Juan Chamula a San Andrés Larráinzar. San Juan y San Andrés son localidades habitadas por un gran número de tzotziles y tzeltales. Chamula es

un gentilicio utilizado para nombrar a diversas etnias mayas que habitan la sierra de Chiapas: tzotzil, tzeltal, mame, tojolabal, chol. San Juan Chamula es también la cabecera del municipio de Chamula y está ubicado en las zonas más altas de Chiapas, en la localidad se han conservado las culturas y costumbres prehispánicas. También están Chenalhó y Mitontic, al Este de San Juan Chamula queda Tenejapa, y al Sur quedó San Cristóbal de donde partieron esta misma mañana nuestros amigos y además hay en la misma dirección de San Cristóbal otra comunidad conocida como Zinacantán .Mas allá por el Oeste esta Ixtapa.

Aunque nuestros amigos no llevaban hambre todavía, pues faltaba mucho para la hora del almuerzo, no se aguantaron las

ganas de disfrutar El platillo típico de San Juan, la carne a la chamula y desde luego acompañado de pox una especie de bebida alcohólica que se produce en la región (se pronuncia posh), es un aguardiente utilizado en actos ceremoniales. Es una bebida muy fuerte hecha mediante la fermentación del maíz.

Al llegar y a la entrada del pueblo , El americano había aparcado el Plymouth al lado del cementerio y en cuanto descendieron del auto una multitud de niñas, mujeres y ancianas se les arremolinaron alrededor para venderles todo tipo de manualidades y abalorios muy insistentemente, pero nuestros amigos no andaban precisamente turisteando y no mostraron ningún interés por la vendimia en

ciernes.

Así que después de haber degustado aquella comida siguieron la ruta del cementerio a pie. San Juan Chamula es el centro de una comunidad de diversas aldeas tzotziles y tzetzales . Tribus que tienen su propio código de usos y costumbres aprobado por el Gobierno de México. Algunas costumbres sin embargo, no tienen mucho de ortodoxas.

En el trayecto se encuentran con Los guardianes, unos señores que van vestidos de blanco y llevan un chaleco de lana blanca. El americano que no dejaba su cámara digital iba a hacerles una foto, pero Roberto le advirtió que no podía hacerles fotos porque se armaba un lio, a ellos no les gusta que les hagan fotos porque ellos creen que la foto captura su alma. Lo mismo es con el

templo. Se pueden tomar fotos panorámicas pero nada más. No se puede enfocar a nadie, en especial a los “Guardianes” y a los “Ancianos” del pueblo, volvió a advertir Roberto con un aire supersticioso.

El cementerio estaba cubierto de cruces de madera de diversos colores: negro si había muerto viejo, blancas para los niños y azules para el resto. Éstas sólo tenían inscrita la fecha de la muerte ya que, indicaba Roberto al americano, no se celebran los nacimientos. Tras visitar el cementerio, el americano y Roberto caminan hacia el pueblo. Después de una larga caminata desde el cementerio llegan al templo.

Era como pasar a otro tiempo, San Juan y sobre todo su iglesia están como en otra época.

Te encuentras con un pueblo siu generis, cuenta con una inmensa plaza principal donde hay un mercado y venden de todo lo requerido para los ceremoniales del templo, porque allí dentro es donde acontece lo realmente interesante. Es necesario comprar el permiso, el pase para verla desde dentro. Los permisos para entrar al templo se compran en otro edificio en uno de los extremos de la gran plaza.

Roberto había indicado al americano que debían entrar a la iglesia para iniciar la búsqueda de Ceci. Esto era simple. En ese lugar se oraba las veinte y cuatro horas. Prácticamente toda la población se turnaba para mantener viva una tradición de siglos para los chamulas, desfilar por el templo mas que un rito era un deber. Una obligación

según sus usos y costumbres. Era de suponer que si Ceci vivía con los señores a los que Roberto se refería, tenían en algún momento que verla desfilar por el templo y ellos estarían allí, justo adentro.

En el atrio de la iglesia, más cruces de madera pintadas de color verde, el arco de la entrada principal de la iglesia pintado con flores de colores.

Una vez comprados los permisos se inicia la visita. Se abre la puerta, hasta cuando quien recoge los permisos los deja pasar y una vez cruzado el umbral todo un espectáculo como de otro mundo se despliega ante el visitante. Hay muchas velas por todas partes, gente hincada rezando, gallinas muertas junto a velas y cirios y todo el lugar cubierto por manojos en el piso de una planta que huele

extraño. Hay figuras de santos a los lados, están en cajas de cristal y cada uno lleva un espejo en el cuello, a un lado, un curandero toma la mano de una mujer madura, gorda, que se lleva la otra mano a la frente con gesto de preocupación. Curanderos, gallinas negras, velas, el olor de la hierba que lo impregna todo, gente, familias arrodilladas frente a velas y turistas. Nada de fotos, no te dejan tomar nada de aquella visión surrealista. Al americano parecía gustarle aquellos extraños rituales, Roberto a su lado lo veía de soslayo sin decir palabra, no era necesario las palabras, lo visual lo decía todo como un equilibrio entre las fuerzas del México antiguo y la evangelización, todo eso en medio de cientos de velas e incienso.

El desfile era lento y entre mas se adentraba, un calor y un humo de tantísimas velas que tenían encendidas ahí casi sofocaba a los desconcertados mirones que desfilaban por entre los indígenas y sus imágenes de santos y vírgenes envitrinados. Pareciera todo producto de la imaginación, pero después del primer impacto es fácil darse cuenta de que lo que pasa ahí dentro es real, es una iglesia católica, con las mismas imágenes de santos que vemos en cualquier otra pero con rituales indígenas, una iglesia en la que no hay un sacerdote, sino decenas de "Rezadores" hincados sobre una alfombra de hojas de pino ofreciendo hileras de velas de todos los colores, sacrificando gallinas negras y tomando refresco de cola, extendiendo sus plegarias con las manos abiertas con un

sonsonete abrumador que se alarga hasta poner en trance al que lo dice y a quien lo escucha.

El americano y Roberto seguían desfilando por entre la gente y las vitrinas que estaban en desorden por la restauración de parte del techo de la iglesia, no sabían si pisar o no las alfombras de hojas, a veces tropezaban con las velitas, algunos con la cara desencajada parecían buscar alguna explicación a todo aquello que estaban presenciando.

Pero si había una explicación lógica, Roberto la sabía y le explica al americano al verlo tan impresionado, que hay un interés por conservar un status quo que favorece a unas cuantas familias que controlan la venta del posh y las velas usados en los ritos tradicionales, incluso la venta de las gallinas

para los rituales esta controlada por poderosos intereses. El americano escuchaba a Roberto dándole todas aquellas explicaciones e intuía que detrás de todo aquel silencio de Roberto durante todo el viaje desde Tapachula, se escondía algo ominoso. Como si el mismo Roberto temiera decirlo.

En verdad, estar encerrado dentro de aquel santuario era asfixiante literalmente. El americano daba señales de quererse desmayar. Roberto advirtió esto de inmediato y recomendó, mejor salir por un rato a tomar aire. Salieron por la misma puerta y una fuerte ráfaga de viento les regresó a la realidad. En ese momento en la plaza se estaba llevando a cabo un festival con las escuelas del rumbo, tanto el maestro

de ceremonias como los invitados al pasar al estrado hablaban en sus lenguas nativas y desde el más pequeño hasta los ancianos vestían su indumentaria tradicional, las mujeres una falda de lana negra muy peluda sostenida por una faja de color oscuro, los hombres un chaleco con la misma tela peluda, algunos con mangas. El atrio seguía siempre lleno de hombres, mujeres, niños y ancianos indígenas rezando plegarias en tzotzil, algunos con gallinas en la mano como parte del ritual, en medio de interminables hileras de velas encendidas y apagadas esperando acceso al templo donde reflejan un sincretismo religioso quien sabe si autoconsciente.

El americano ya más relajado después de aspirar la pureza del aire escucha a Roberto

quien se nota enfadado por no poder encontrar a Ceci. Era lógico que tuviera que estar en ese lugar, insistía Roberto mientras el americano no entendía la razón que Roberto tenía para estar tan seguro de eso.

Roberto se disponía a decir algo al americano cuando dos guardianes intempestivamente lo sujetaron de ambos brazos al muchacho y diciendo palabras en lengua indígena daban a entender que aquello era una especie de arresto. Roberto parecía entender lo que los guardianes decían y además parecía conocer a un señor de baja estatura y regordete que sudoroso y hablando con dificultad por el cansancio se acercaba a los guardianes exclamando:

-¡Es él! Se me escapó hace unos días y me aseguraron que había regresado acá.

El americano no entendía. Dirigiéndose a Roberto que permanecía sujetado por los guardianes inquirió:

-¿Cómo qué te escapaste? ¿Cuándo? ¿De qué habla este señor?

Roberto pausadamente y con su extraña y suave voz se limitó a decir viendo con un dejo de tristeza al americano:

-Este señor es mi dueño. El me compró.

-¡Qué! – Grita con furia el americano sin dar crédito a lo que oía.- ¿Cómo qué te compró?

Roberto prosiguió.

-Mi papa (sin acento) y mi mama (sin acento) fueron expulsados por los ancianos hace ya mucho. Mi papa me vendió a éste señor, yo le pertenezco y debo regresar con él, de veras

lamento que no pudimos hallar a la Cecilia.
güero.

El americano no daba crédito a lo que oía. No concebía que a las puertas del tercer milenio hubiera esclavitud. Veía a aquel repulsivo hombrecito regordete que tenía un rostro complaciente al recuperar su mercancía perdida.

El americano Pensaba rápido porque necesitaba que aquella injusticia fuese reparada ipso facto.

-No puedo permitir semejante atropello a un niño –dijo, dirigiéndose a los guardianes, que parecían no entenderle su mal español.

El hombrecillo, regordete que sí le entendía muy bien y después de decir unas palabras en lenguaje nativo a los guardianes, se dirigió

al americano hablando en español.

-Señor, ésta es la costumbre y la ley de nuestros pueblos. Él se escapó y ahora será llevado a los ancianos para que le impongan un castigo.

-¿Un castigo? ¿No le parece suficiente castigo ser esclavo? –Gritó el americano enfadado- ¡A usted deberían castigarlo!

Dirigiéndose a Roberto le dice:

-Tranquilo muchacho, ahora voy a buscar a la autoridad.

Roberto lo interrumpe.

-Ellos son la autoridad aquí, güero.

Los guardianes no dejaron más que continuara aquella discusión. Sujetaron violentamente a Roberto por los pies y

cabeza y alzándolo por el aire como si se tratase de un bulto, se lo llevaron.

El hombrecillo regordete, les siguió y el americano hizo lo mismo.

El viaje no fue tan largo, a unos trescientos metros estaban tres ancianos a quienes los guardianes se dirigieron, mientras colocaban a Roberto en el suelo maniatándolo con unas sogas de colores.

La charla seguía en lengua nativa incluso cuando se dirigieron al hombrecillo regordete.

Roberto tirado en el suelo, de soslayo veía al americano y trataba de decirle que se largara, moviendo sus labios sin hablar, arqueando de atrás y para adelante la cara, gesticulando, pero el americano no entendió

el mensaje.

Pasados unos minutos, mientras los ancianos deliberaron a manera de un tribunal, que de hecho lo era, otros guardias procedieron a detener también al americano. Este entendió que lo implicaban en el escape de Roberto y lo consideraban culpable.

El hombrecillo regordete, confirmó sus sospechas cuando se dirigió a él, hablándole en español:

-Usted y Roberto serán llevados a la plaza donde serán azotados,- dijo secamente y se largó mientras decía: -Después me entregarán a Roberto para llevarlo conmigo a casa.

El americano y Roberto fueron efectivamente llevados a la plaza donde fueron azotados

con dureza por varios guardianes, a su alrededor se había concentrado mucha gente tanto indígena como turistas que andaban por la plaza a esa hora. Veían como se aplicaba aquel castigo y eran testigos de una ceremonia fuera de toda lógica en un mundo moderno.

Una hora después, el americano era liberado, pero a Roberto se lo entregaron así maniatado, al hombrecillo regordete que con satisfacción, le desató los pies y manos sin dejar de sujetarle un brazo para llevárselo consigo.

El americano, todavía adolorido por la golpiza, alcanzó al hombrecillo regordete para decirle:

-¡Se lo compro!

-El hombrecillo detuvo sus pasos con prontitud y se volvió al americano quien le había hablado por la espalda a unos cortos pasos de él. El americano le ratificó la oferta de compra esta vez preguntando que cuanto quería por Roberto.

- Se lo vendo por cinco mil pesos – dijo toscamente.

-Trato hecho,- dijo el americano-, creo andar ese efectivo conmigo ahora mismo.-Dicho lo cual busca su billetera en el bolso de su gabardina, saca los billetes y se los dio a su interlocutor. Este agrandó sus ojillos con codicia mientras tomaba los billetes. Después de contarlos y comprobar que estaban los cinco mil billetes exclamó:

-¡Es todo suyo, americano! - Dicho lo cual,

siguió su camino por la calle perdiéndose en la oscuridad entre los destellos de luces que se filtraban en los arboles y construcciones aledañas.

Roberto y el americano se estrecharon la mano como si acabaran de conocerse y sonrieron viéndose de la cara a los pies.

Ambos estallaron en una soberana carcajada para decir al unísono:

-¡Estamos hechos una desgracia!

Roberto sabía que el americano aunque no lo había dicho, lo había liberado de aquel compromiso esclavizante.

A partir de ese momento se volvió locuaz y hasta más platicador.

El americano se acomodó en la banqueta

entrecruzando sus piernas, mientras Roberto hizo lo mismo pero quedándose en cuclillas a su lado.

El gringo, como lo llamaba Roberto, estaba inquieto y no podía asimilar todo aquel asunto de la esclavitud que practicaban esas tribus. Luego dijo:

-Por lo que veo, Ceci también ha sido vendida por este tipo.

Roberto asintió con la cabeza, luego con su característica voz pausada le indica al americano que el tipo de marras, se llama Jorge.

- Es chamula como ya vio mi gringo, es el marido de la vieja regordeta como usted la nombra, la de allá de Tapachula.

La Ceci llegó hace como un año de allá del DF con don Jorge que viaja seguido a la capital.

El americano interrumpe acomodando la idea iniciada por Roberto.

-A él se la vendieron entonces allá en la capital.

Roberto asintió.

El americano prosiguió.

-Es fácil imaginar que fue este tipo quien vendió a Ceci a otro chamula de por acá.

Roberto asintió nuevamente con un movimiento de cabeza.

El americano continúa.

-Y desde luego tú sabes quien la compró y por eso estas seguro que está aquí. ¿Cierto?

-Si.- Dijo esta vez Roberto.-El que la compró es un rico de por acá quien tiene una fábrica de pox.

El americano poniéndose en pie de un brinco y apoyando su mano sobre el hombro de Roberto mientras le ayudaba a incorporarse, dice:

-Menudo lío Roberto.-Luego contorsionando sus músculos de la espalda como para acomodarlos después de la golpiza recibida apenas hace un par de horas, comenta:

-¡Vaya que si pegan duro esos guardianes!

Horas más tarde, nuestros amigos descansaban en una habitación de uno de los tantos hoteles en el pueblo. Después de darse un baño, se acomodaron en sus respectivas camas y ambos se quedaron

profundamente dormidos.

El propietario de Ceci no solo era dueño de una fábrica de pox como decía Roberto, sino también el que controlaba el negocio de la Cola y otros refrescos en la zona.

Don Ricardo, como le llamaban era todo un potentado, personaje poderoso y de muchos recursos, era muy apuesto, de modales muy finos y joven de unos treinta y cinco años. Heredero de una fortuna familiar administraba y acrecentaba el patrimonio manteniendo un rígido control sobre usos y costumbres de San Juan Chamula. Difícilmente sucedía algo en esos parajes que a él no se lo comunicaran casi de inmediato.

Precisamente, una característica del lugar es el control sobre la vida de las personas,

arropado con la presunta defensa de los usos y costumbres, que ejercen autoridades y caciques, nombre último dado a personas que poseen algún tipo de poder, no necesariamente económico.

La tolerancia política y religiosa, por añadidura, no se cuentan entre las virtudes de las autoridades municipales y tradicionales chamulas

Su lujosa residencia era además todo un harén. Tenía como cuarenta esposas y casi un centenar de doncellas como diversión extra.

Chamula es conocido por la existencia de una poligamia que no necesariamente constituye una normalidad o algo positivo para las mujeres.

El hombre puede poseer más de una esposa

y es común que éstas sean de la misma familia sanguínea, y es una constante en una población cuyo origen sea Chamula.

Por otra parte, había gran consumo del alcohol, el pox, y se contaba que hacía unos veinte años, el padre de don Ricardo fue a la comunidad y empezó a regalar refresco de cola a todo el mundo diciendo que era bueno, y la gente se acostumbró tanto a la Cola que ahora tienen adicción. Aparte de que es veneno puro, el hecho de pasarse todo el día bebiendo bebidas de cola hace que se te quite el hambre, con lo que hay muchos niños y adultos con malnutrición, problemas de caries y diabetes. Incluso hay mujeres que dan refresco de cola a bebés de pecho en lugar de leche materna.

Finalmente el refresco de cola sustituyó otros

brebajes en los rituales del templo al igual que un refresco de naranja que fabrica la misma empresa y que controla en la región don Ricardo.

Lo que pasa es que últimamente los ritos del templo han sufrido algunas modificaciones: se substituyen algunas de las velas por refrescos del mismo color. Por ejemplo, para las velas negras, un refresco de cola, y para las velas naranjas, una Fanta de naranja.

Además, por su inmenso poder en la región, don Ricardo era un “Expulsador”. Alguien con autoridad para expulsar lejos de esas tierras a cualquiera que cayera en desgracia con el mismo don Ricardo y otras camarillas de caciques y pseudo líderes comunitarios.

En muchos casos, hay víctimas en base de la

defensa de los usos y costumbres que argumentan las autoridades, y expulsadores en general, para justificar la violencia en serie: Detenciones arbitrarias; censura pública en asambleas comunitarias; despojo público de las ropas a hombres y mujeres; golpes y amenazas .Expulsiones, la mayoría de ellas consumadas o conmutadas por la muerte; violación e intentos de violación a mujeres y niñas; quema de casas y posesiones diversas; robo de pertenencias, incluidos, por supuesto los terrenos cultivables; destierro infinito que deja en el desamparo a miles de familias.

La Razón es simple: la tierra se agota y la violencia es el arma para poseerla.

La compra-venta de mujeres indígenas en este municipio. Nada que ver entre la dote,

es decir, la entrega en especie o en efectivo de una contribución a cambio de desposar a una mujer, Acá se trata de la compra-venta real como una simple transacción comercial.

Los mestizos van al municipio y compran a mujeres a quienes no se les volvía a ver nunca más.

Los niños no son escolarizados y hay un gran índice de alcoholismo en las familias, lo que da lugar a maltratos físicos y sexuales. Y para colmo, a las mujeres se les casa antes de llegar a la adolescencia (doce años).

Esa mañana Roberto había detallado al americano toda su vivencia en torno a los chamulas, ya que el mismo Roberto era un chamula. Su familia había vivido en carne propia la tragedia de esos usos y costumbres.

Don Roberto su padre, había sido expulsado hacía ya varios años para despojarlo de una parcela por allá junto al río, como era buena tierra, el papá de Don Ricardo que murió en un accidente de avión cuando iban a ver al papa Juan Pablo II que había llegado a México, quería a toda costa quedarse con todas las tierras del margen del río que eran de unos ejidatarios entre ellos mi padre. Y lo logró, porque después de haber mandado a asesinar a la mitad de los dueños de esas tierras, a los que no pudo matar los expulsa sin derecho de regresar jamás. El padre de don Ricardo fue el más grande terrateniente de por acá. Pero cuando murió no ocupó ni siquiera nada de toda esa tierra que acaparara a sangre dolor y lágrimas de tanta gente, porque ni sus restos encontraron

después del accidente del avión.

El americano estaba enmudecido ante aquella revelación de Roberto.

Ahora entendía que aunque Roberto sabía donde estaba Cecilia, no era tan fácil como solo tocar la puerta entrar y llevársela. Por eso Roberto abrigaba la esperanza de verla en la calle o en el templo para contactarla y volverla libre ya que sería muy difícil comprársela a alguien que a lo mejor ya hasta la había desposado si era tan bella como se decía.

Así que el plan de Roberto era deambular por el pueblo y el templo con la esperanza de rescatar a Ceci. Al americano también le parecía buena idea aunque eso no se sabía cuánto tiempo les tomaría.

Al igual que Roberto, Ceci era una niña de quizá unos doce años, de tez Blanca y ojos verdes como el mar inmenso. Cabello largo y liso que terminaba hasta la altura de sus incipientes caderas. Delgada. Su piel se notaba suave y delicada. Hacia unos seis meses que don Jorge se la vendió a don Ricardo, ya que los servicios del negocio “Festilandia” que junto con su esposa poseían, habían sido contratados para festejar un cumpleaños de uno de los pequeños hijos de don Ricardo. En esa ocasión don Ricardo cerró la transacción de compra con don Jorge. Cecilia y Roberto habían llegado a trabajar en el desarrollo de la fiesta infantil y don Ricardo no había pasado desapercibido de la belleza de la joven. Sabiendo que don Jorge era chamula,

sabía que podía llegar a un acuerdo y comprarla.

Cecilia desde que fue dejada con engaños ese día en la gran mansión de don Ricardo y aunque fue tratada desde el inicio como la favorita del harem, jamás accedió a los deseos de don Ricardo.

Lloró en aquel lujoso infierno, hasta la impotencia. Aunque disponía de lujos que ella jamás había imaginado, ella no era chamula como el resto del harem. Ella había nacido en la capital del país. Había ido a la escuela. Si bien es cierto con muchas limitaciones, pero había estudiado. Entendía que todo aquello no era legal y prácticamente ella estaba secuestrada.

Pero nada podía hacer sino defender su

honor con uñas y dientes. Ella nada tenía que ver con aquellas costumbres extrañas.

En la lujosa residencia de don Ricardo, este era informado de lo acontecido la noche anterior con el castigo en la plaza. En si, eso no tenía trascendencia que mereciera la atención de don Ricardo, sino el hecho que se tratase de un americano y un huidizo chamaco que había escapado de su dueño.

El cacique que le informaba a don Ricardo le hacia ver además que el dueño del niño escapado era don Jorge.

- El chamula de Tapachula,-le dijo- el que le vendió la chamaquita a usted honorable señor.-El cacique se deshacía en reverencias y cumplidos a don Ricardo.

A éste no dejó de inquietarle el último

comentario del lisonjero cacique.

Despidió a su informante sin mayores saludos ni agradecimientos.

Se quedó preocupado con la noticia y pensó para sus adentros -“Algo habrá que hacerse”.

Roberto no había vuelto a ver a Ceci desde esa ocasión. Mientras se paseaba esa mañana por el pueblo junto al americano, agotaban toda instancia imaginable para rescatar a la joven.

Incluso, el americano había hecho algunas llamadas a Estados Unidos con amigos suyos que eran buenos abogados para buscar alguna salida pero no la había. Con las autoridades locales nada podía hacerse porque aparentemente estaban actuando

conforme a sus leyes, mismas que estaban avaladas y reconocidas por el estado mexicano como parte de los arreglos de paz llamados acuerdos de San Andrés Larráinzar, por haberse llevado a cabo en esa comunidad cercanas a san Juan Chamula Las negociaciones entre el gobierno y el FZLN. (Frente Zapatista de Liberación Nacional)

Precisamente a San Juan Chamula muchos lo han llamado la capital de Los Altos.

Por ser prácticamente el centro del poder de toda esa región.

Habían turisteado por todo el pueblo esa mañana , cuando se cansaron de la matutina caminata optaron por el Plymouth y desde el hotel pronto estuvieron en la entrada del pueblo , precisamente en el barrio de San

Sebastián , ahí precisamente está una Cruz de Madera que mira hacia el valle en donde se asienta la ciudad. A pesar del inclemente sol que parecía que ahora quemaba más que el día anterior, a los pies de esta cruz arden ciento cuarenta y ocho veladoras, una por cada uno de los parajes que forman este emblemático municipio. Es parte de la tradición, para bendecir la jornada. Sin el permiso de sus dioses no hay alegría.

El americano tomaba unas panorámicas, cuando intempestivamente, desde una camioneta tipo Suburban color negro salieron varios hombres armados, nada que ver con los aparentemente pacíficos guardianes que deambulan por el pueblo. Estos eran auténticos matones. En segundos rodearon al Plymouth donde Roberto y el

americano estaban justamente recostados sobre el cofre trasero del auto , obligándolos con palabras precisas y entrecortadas mientras les colocaban los cañones de varias pistolas sobre las cabezas de ambos escuchándose el martilleo característicos casi síncrono cuando quitaban el seguro a las armas.

En cosa de minutos la Suburban era conducida por una pequeña calle asfaltada que serpenteaba hacia la lujosa residencia de don Ricardo.

Una vez allí, los pasajeros fueron llevados por los matones hasta una especie de sótano donde los dejaron encerrados bajo una pesada puerta automatizada que solo podía abrirse, desde afuera.

El sótano era amplio y no parecía una celda, tenía en la parte superior amplias ventanas de cristales finamente decorados que permitían ver el azulado cielo.

-Ya nos llevó la chingada, gringo. – Dijo Roberto con resignación.

El americano no dijo nada, observaba todo con detenimiento. Como si buscara un punto de referencia para poder escapar. No estaba dispuesto a esperar la muerte pasivamente.

Los matones le habían quitado la billetera, la cámara y el pasaporte, al americano y se los habían llevado a don Ricardo.

Este hacía sus propias averiguaciones con los datos que había obtenido del ID del americano así como del pasaporte y otros registros que el americano llevaba consigo.

Conectó la cámara digital a una computadora portátil que tenía sobre su escritorio y personalmente revisa el contenido de innumerables fotografías que el americano había tomado desde su ingreso a México.

Le llama poderosamente la atención en particular, las fotos de Julia por cierto parecido con Cecilia. Vio la fecha en que fueron tomadas las fotos y eran recientes.

Copia todo el material en su portátil y luego desconecta la cámara y la tira al cesto de la basura.

Don Ricardo no relacionaba al americano con Cecilia, ni le parecía que Roberto fuese un problema. Pese a la información que tenía. Ya había hablado con Jorge, el chamula de Tapachula como se le conocía y tampoco él,

le dio alguna información preocupante al respecto. Pensaban tanto Jorge como su señora, la regordeta, que podría tratarse de un caso aislado.

Sin embargo le faltaba a don Ricardo unir un cabo suelto. Saber si Cecilia identificaba a la mujer y a los otros niños en la foto. Así sabría si el americano tendría relación alguna con Cecilia.

Hizo traer a Cecilia, la cual se presentó acompañada de otras nenas y una señora mayor que las cuidaba.

Una vez en la estancia, don Ricardo le mostro las fotos de la portátil poniéndolas todas en modo de presentación automática para que fueran desfilando frente a sus hermosos ojos verde mar.

Cecilia además de bella era inteligente. Ella entendía la razón de aquella identificación de fotos. Quiso saltar de alegría al ver a su familia en aquellas imágenes. A sus hermanos, a su mamá. Pero se contuvo disimulando su felicidad interna, manteniendo un rostro sereno casi gélido ante el desfile de fotografías.

Para remachar y haciendo de gala de un aplomo increíble para su tierna edad, le pregunta a don-Ricardo que quienes eran aquellas personas y dejó de mostrar interés en seguirlas viendo. Y demostrando que no le era agradable estar en presencia de don Ricardo como siempre lo hacía cuando pretendía manosearla o enamorarla, dio la media vuelta y sin decir palabra salió por la amplia puerta seguida de las demás mujeres

quienes la secundaron.

Don Ricardo quien no era ajeno a los desaires de Cecilia sonrió ante el orgullo imperativo de la muchacha, retoma sus pensamientos sobre lo que estaba haciendo y después que las mujeres salieron de la sala se sentó cómodamente en el lujoso sillón.

Pensó que solo podía tratarse de una coincidencia el parecido de aquella mujer en la foto, con Cecilia. Pero por si acaso, tomo una decisión. Se casaría con Cecilia, al fin y al cabo, ya tenía la edad para ser desposada según las costumbres chamula.

Eran las 3 P.M Cecilia se encontraba en uno de los tantos jardines del palacete cortando unas rosas, cuando por uno de los extensos corredores, vio ir a uno de los guardias de

don Ricardo, llevando una bandeja con comida y se dirigía justamente hacia los sótanos, donde Cecilia sabía encerraban temporalmente a enemigos de don Ricardo antes de expulsarlos o matarlos.

No era la primera vez que pasaba eso. A Cecilia siempre le gustaba atisbar por los cristales del sótano, que desde los jardines estaban a nivel de tierra.

Sigilosamente y haciendo como que cortaba flores, se acercó al ventanal.

Vio como la puerta se abría y el guardia les dejaba la comida a los prisioneros en una mesa junto a la entrada. Otros guardias lo cubrían con armas “Cuernos de chivo” mientras el compañero dejaba la bandeja con la comida. La puerta se volvió a cerrar.

Ceci observaba todo desde los cristales en la parte superior. La altura de los sótanos era considerable, puesto que la casa estaba en una gran colina, los sótanos habían sido contruidos en el ala norte que era la parte posterior de la residencia cuyo frente era para el lado sur. Todo el sector norte estaba cubierto de arboles preciosos y flores, era un jardín que mas bien parecía un parque quizá mas grande que el mismo parque del pueblo. Una inmensa reja electrificada cerraba todo el conjunto residencial de la mansión y la entrada principal estaba protegida por guardias fuertemente armados equipados con radios de comunicación y poderosos vehículos blindados. El jardín pasaba lleno de todas aquellas mujeres que formaban el harem de don Ricardo. Pero a

esa hora de la comida, todas estaban concentradas en el inmenso comedor en uno de los grandes corredores de la casa donde usualmente tomaban sus alimentos a excepción de las más favoritas que siempre acompañaban a don Ricardo en el comedor principal en los aposentos privados.

Por eso a Ceci no le era difícil atisbar mientras el jardín permanecía solitario a esa hora.

En el sótano, el americano y Roberto se acercaron a la mesita donde el guardia había dejado los alimentos.

Aunque tenían hambre, prefirieron aguantarse previendo que podrían envenenarlos.

En aquel instante, Ceci los vio por los cristales y de inmediato reconoció a Roberto.

Como no podía gritarles por lo grueso del cristal y además porque podrían oírla los guardias o alguna de sus compañeras o tal vez el mismísimo don Ricardo, golpeó los cristales tan fuerte como pudo empuñando su delicada mano.

Dentro del sótano que todo era silencio, se escuchaba débilmente el golpeteo en la parte superior. Roberto y el americano volvieron la vista hacia arriba.

-¡Ceci! –Exclamó – ¡Es la Ceci gringo!- Consiente que la joven no le oía levanto los brazos y rostro mientras daba saltos para que ella supiera que ya la había visto.

Era imposible alcanzar desde el interior del sótano el inmenso ventanal donde estaba Cecilia. La emoción embargaba a Roberto, deseaba tener alas y volar junta a ella.

Ceci desde el ventanal al ver que los prisioneros no habían tocado la comida, les hizo señas que comieran, para darles confianza.

Roberto trataba de decirle algo a señas a Ceci, pero ella no las entendía y solo se limitaba a indicarle que comiera.

Se dio por vencida al no poder hacer nada para sacar a Roberto del sótano y se puso de pie ante el cristal colocando en forma de equis sus brazos se los golpeaba varias veces contra su pecho en señal de decirle a Roberto “ Te quiero” hecho esto , hizo el

saludo de despedida con una de sus manos mientras con la otra se tocaba sus labios y le enviaba un beso a Roberto.

Roberto desde adentro del sótano hacía lo mismo y sabía en el fondo que Cecilia algo iba a hacer para sacarlos de allí.

Con la confianza que Cecilia les dio, ambos decidieron comer. Después de todo había que recobrar energías para pensar mejor.

En el sótano había varias literas como las que usan los militares para dormir. El americano se recostó cómodamente en una de ellas mientras Roberto no paraba de ver hacia arriba en la ventana superior con la esperanza de ver a Ceci.

-Ciertamente es hermosa la joven- dijo el americano-vista desde acá y con el cielo y las

blancas nubes a sus espaldas parecía un ángel bajando del cielo.-Comentó con una picaresca sonrisa dibujada en sus labios. Roberto pareció no escucharle y siguió en su pose contemplativa como si estuviera rindiendo tributo a una deidad.

La boda de Ceci con don Ricardo se programó para esa misma noche. De pronto en el pueblo se dispersó la noticia, el templo y la plaza estaban llenos a su capacidad. Las autoridades del pueblo así como los ministradores del templo estaban listos para celebrar aquella boda, que prometía ser tan pomposa como las otras cuarenta bodas anteriores de don Ricardo con otras doncellas que desposara, pero se comentaba que ninguna tan bella como Cecilia. Además Cecilia no era chamula ni siquiera de raza

indígena. Nacida en la capital mexicana y de origen más españolizado por parte de Julia, la madre.

Pero por parte del padre, si tenía sangre indígena aunque no chamula. El padre de Cecilia era Tarahumara...

En la casa de don Ricardo todo era actividad de fiesta.

Hasta el sótano, se llegaba aquel murmullo festivo. Aunque nuestros amigos, desconocían la razón.

-¡Están de fiesta! - Comenta el americano. Esta vez Roberto hizo un gesto de enfado.

-Eso creo.-Dijo secamente. El americano reaccionó:

-Tengo la forma de salir de aquí cuando nos

traigan la cena, tomaremos por sorpresa a los guardias, tú no tienes que hacer nada solo improvisa cuando me veas en acción y...

El americano interrumpió sus palabras, en aquel momento se abría la puerta.

El guardia, se dejó entrever en el umbral, mismo que en segundos fue alcanzado por el americano y Roberto abalanzándose contra el guardia que portaba la charola con la comida que voló por el aire mientras el guardia trato de llevarse la mano a la cintura donde tenía su "Beretta", pero demasiado tarde, esta ya estaba en manos del americano quien sin vacilación asestaba certeros balazos en el rostro de los otros guardias que habían disparado sin éxito sus armas, cayendo al suelo. El guardia desarmado sometió a Roberto contra su

pecho cuando el chamaco trato de ayudar al americano y tendido en el suelo con Roberto por delante, fuertemente sostenido por los fuertes brazos del matón, como si fuera un escudo para evitar que el americano le disparara.

Pero Roberto con el talón de su pie asesta un fuerte “Patadón” sobre los testículos del matón obligándolo a liberarlo y de un salto Roberto estuvo parado frente al americano. Quien sin vacilar disparó sobre la cabeza del matón.

Con sigilo, Roberto y el americano, salieron por el largo pasillo, que remataba hasta una gran bodega, hasta donde se dirigieron. El alboroto festivo, evitó que se oyeran los disparos, poniendo en ventaja la fuga de nuestros amigos.

En la bodega, Roberto encontró ropas de chamula de las que usaba el personal indígena que laboraba para don Ricardo, y con estas, se vistieron, lo cual haría más fácil para camuflarse entre la multitud de gente en la parte superior de la residencia, que en aquel momento comenzaban a desfilar hacia la salida por el portón principal, rumbo a la iglesia. Era impresionante aquel mar humano la mayoría a pie, otros en vehículos que tenían que avanzar al ritmo de los que caminaban. El americano y Roberto trataban de ir adelantándose un paso a la vez para ir encontrando la salida.

Después del portón principal en la parte exterior había un gran estacionamiento. También estaba repleto de autos de todo tipo, de los invitados a la boda.

Por fin Roberto y el americano alcanzaron llegar hasta allí, pretendían escaparse usando algún vehículo que pudieran acceder y poner en marcha.

Pasa casi una hora mientras nuestros amigos, esperaron a que se alejara el desfile hacia el templo.

La noche caía, la tenue luz del alumbrado público del estacionamiento comenzó a encenderse paulatinamente a medida que las fotoceldas automáticas eran afectadas por la ausencia de luz.

Roberto que se había ausentado a unos cuantos autos al fondo del estacionamiento para vaciar la vejiga, regresaba animoso hasta donde estaba el americano acucillado junto a uno de los tantos vehículos.

-Algo bueno, mi gringo-dijo con su muy pausada voz, casi susurrándole al oído - tu coche está allá “Pal” fondo.

Al americano le brillaron los ojos y se le iluminaron como dos gotas de agua azul al escuchar a Roberto.

-¡Vamos! - Exclama poniéndose en pie y tomando a Roberto de un brazo mandándolo hacia adelante para que lo llevara al auto.

Afortunadamente conservo el control remoto que abre las puertas y controla la alarma, comento sonriendo el americano buscando el diminuto artefacto entre las bolsas de su pantalón que pese al disfraz autóctono todavía conservaba.

Ya dentro del coche era simple mecánica electrónica para arrancar el coche.

Roberto que no entendía mucho de asuntos electrónicos ya estaba tirando del cableado por debajo del tablero y mostrándole dos puntas rotas con sus propios dientes dice con agitado nerviosismo

-Ponle neutral gringo y...-El americano ya lo había hecho y tomando los cables pelados que Roberto tenía entre sus dedos, los unió. El coche respondió de inmediato con su suave y delicado arranque. Una estela de humo blanco, causada por las explosiones en frío del motor, salía por el escape en la parte trasera. Sin vacilar, el americano condujo su Plymouth por entre el estacionamiento hasta salir por la angosta villa asfaltada cuesta abajo hasta llegar a la calle central que conduce el pueblo.

En minutos, habían pasado por la enorme cruz donde el día anterior habían sido secuestrados por los matones.

Pero al tomar hacia el centro del pueblo, el tránsito para vehículos era prácticamente imposible en aquel mar humano. El ambiente de fiesta era sentido por todos lados que se dirigiera la mirada y todo mundo disfrutaba del posh y de la comida que ese día era gratis porque como decía don Ricardo “Este día, todo el pueblo es mi invitado”.

El americano y Roberto después de dejar el auto en una de las calles del barrio San Sebastián, un poco camuflado debajo de unos arbustos que decoraban el muro de una bonita residencia, se dirigieron al templo, con la esperanza de encontrar allí a Cecilia.

Ignoraban que ella era quien se casaba con don Ricardo.

Después de casi dos horas batallando por avanzar entre la multitud, lograron entrar al templo donde ya se celebraba la ceremonia nupcial.

Roberto casi se desmaya al reconocer a la novia.

-Es ella / gringo,-le dijo al Americano, señalando con su índice hacia el altar.-

El americano se quedó impactado al ver la belleza de aquella niña de apenas doce o trece años ataviada para ser desposada.

-Tranquilo Bob,-dijo el americano-al momento que el chamán pregunte que si hay algún impedimento...

Roberto interrumpió con brusquedad al americano, tirándolo del brazo.

-¡Acá no se acostumbran esas “Madres”! No preguntan eso. Allí mismo se la darán al viejo ese y él se la lleva en brazos al tálamo allá en la parte secreta del templo donde es consumada la boda.

-¡Qué! -grita el americano, ocasionando que los mas cercanos a ellos volteasen sus rostros hacia él, ante lo cual sonrió estúpidamente como disculpándose con cara de “Yo no fui”, y calmándose le dice a Roberto.

-Me dices que acá mismo el tipo éste consume el- y flexionó sus índices rozándolos uno contra el otro como indicando apareamiento.

-Si, -afirma Roberto- Aquí mismo se la

“Escabecha” dentro del templo. Debemos sacarla cuando vayan por el túnel hacia los aposentos donde solo los padrinos de la boda pueden presenciar el acto.

El americano, se lleva el dorso de una de sus manos a la frente.

-¿Me quieres decir qué es consumado frente a testigos?-inquirió el americano.

Roberto afirmó con la cabeza apretando sus labios y dientes en un gesto de impotencia.

Luego dijo:

-Solo nos queda ocultarnos en el cuarto de las madras donde la novia es preparada para ser llevada al tálamo, con el novio. No es difícil llegar a ese sitio.-puntualizó e hizo señas al americano para que lo siguiera.

Mientras, la ceremonia continuaba entre ritos de los sacerdotes o chamanes y la algarabía de todos los presentes ante cada gesto o proclama que el chamán mayor hacía. Ruido de tambores y marimbas se entremezclaban en el ambiente así como el griterío de los que en la plaza disfrutaban de una auténtica bacanal.

Transcurrió casi una hora, cuando -Cecilia fue llevada a la cámara de la purificación, donde fue sumergida en un baño de aguas tibias y aromáticas por las madrinas asistentes, dejándola al final completamente desnuda sobre una litera.

Las madrinas se alejaron, para regresar luego con los atavíos de la noche nupcial, que no eran más que ropas de dormir, como extraños mantos decorados por manos

mágicas. Cecilia, después del influjo de las hierbas aromáticas y el baño tibio en sustancias desconocidas posiblemente pox, Queda adormecida por unos quince o veinte minutos. Las madrinas llevan los ropajes que acomodan sobre una mesita especial como buró, junto a la cama. Después se alejan.

Detrás del cortinaje de la habitación, dos sombras emergen sigilosas, con vestiduras de monjas, toman a Cecilia quien duerme, la envuelven con uno de los mantos y finita como es, la monja mas grande se la acomoda entre sus ropajes, y sale de la sala caminando incómodamente seguida de la otra monjita.

Tiempo después, el Plymouth era conducido por la ruta hacia san Cristóbal de las casas, por... Una monja. Mientras en el asiento

trasero Cecilia acostada en el amplio asiento de piel y con su cabeza, colocada sobre las piernas de...La monjita mas chica.

Eran Roberto y el americano.

Con aquella genialidad, habían podido rescatar a Cecilia y ahora se dirigían por la carretera a San Cristóbal y pronto tomarían la carretera de Nuevo hacia Ocosingo, para tomar la calzada por la selva negra hacia Reforma, el último reducto chiapaneco y quizá el último donde los chamulas podrían tomar alguna acción en contra de ellos. Aunque iban cansados no podían darse el lujo de quedarse en algún hotel de San Cristóbal u Ocosingo, tenían que seguir la ruta hacia tabasco para seguir hasta el distrito federal.

Era casi la una de la mañana cuando el Plymouth zigzagueaba por la curvosa e inclinada carretera federal por el sector de reforma aproximándose cada vez mas al entronque con la autopista donde ya podían verse los verdes rótulos con letras blancas que indicaban, la ruta hacia Villahermosa y hacia ciudad del Carmen , Campeche.

Silenciosamente el blanco auto se desplaza tomando la calzada para enrularse en el carril respectivo hacia la ciudad de Villahermosa tabasco donde también se indicaba en el rótulo, la ciudad de México con sus respectivos kilómetros para llegar hasta allá.

De pronto el auto comenzó a cascabelear hasta apagarse por completo, apenas si logra alcanzar la orilla sobre la parte

peatonal de la autopista, y el americano se limita a decir con un gesto de enfado y con un remarcado acento estadounidense en su mal español.

-Shet, gasolina.

Y ese no era todo el problema, recordemos que las pertenencias que portaba el americano como ser su billetera, documentos personales, la cámara digital, se las habían apropiado los matones de don Ricardo. Lentamente se bajaron del auto los ocupantes, luego, otro lío, no podían abrir la cajuela trasera del vehículo porque tampoco andaban la llave, el auto lo habían arrancado directo puesto que también la llave había quedado con los matones de don Ricardo.

El americano abrigaba la esperanza que a lo mejor sus pertenencias personales, como ser las maletas de ropa y otros menesteres todavía estuvieran en la cajuela trasera de su coche.

Roberto que era ágil de pensamiento, y más precipitado que dado a hablar se limita a decir:

-Rompe esa mierda...

Y sin esperar respuesta del americano, se introdujo por el asiento trasero del coche buscando la manera de acceso a la cajuela desde el interior del vehículo.

Estaban a corta distancia de la caseta de cobro, se podía distinguir no muy lejos la torre de radio de la caseta que dejaba fluir lentamente los vehículos de uno y otro lado

de la autopista.

Una unidad de los “Ángeles Verdes”, un sistema de apoyo vial, se aproxima hasta ellos.

Descendieron tres elementos uniformados y se acercan al Plymouth blanco.

El americano que estaba parado junto a Cecilia, viendo como Roberto, desvalijaba el vehículo, se apresura a ir a encontrarlos.

-Problemas con la gasolina- dijo sonriente.

-Ok amigo, ahora mismo le daremos unos litros y allí en la caseta de cobro, hay gasolinería y podrán llenar tanque para que sigan su viaje.

-¡Ohh! ¡Gracias! - Dijo el americano. Cecilia había advertido a Roberto de la presencia de

los socorristas y este había salido del auto después de medio acomodar el daño que estaba haciendo dentro del mismo.

Cuando los guardias llegaron con la gasolina, Roberto presto ya tenía abierto el tapón del tanque el cual afortunadamente tenía dañado el sistema que requería la llave para abrirse y pudo abrirlo sin problema.

Roberto después de dar un suspiro de alivio se quedó con el tapón en la mano mientras los socorristas vaciaban unos tres litros de gasolina.

Los socorristas se alejaron, rumbo a la caseta de cobro, pero algo en el instinto de Roberto, le decía que las cosas no estaban bien, el americano no pasa por alto el gesto sombrío en el cobrizo rostro de Roberto.

-¡Qué pasa Bob! ¡Levanta ese ánimo!

-Debemos ser cuidadosos, dijo Roberto ominosamente- estos tipos no son de fiar, vieron que usted es extranjero, que no llevamos “Marmaja” porque ni propina les dimos.

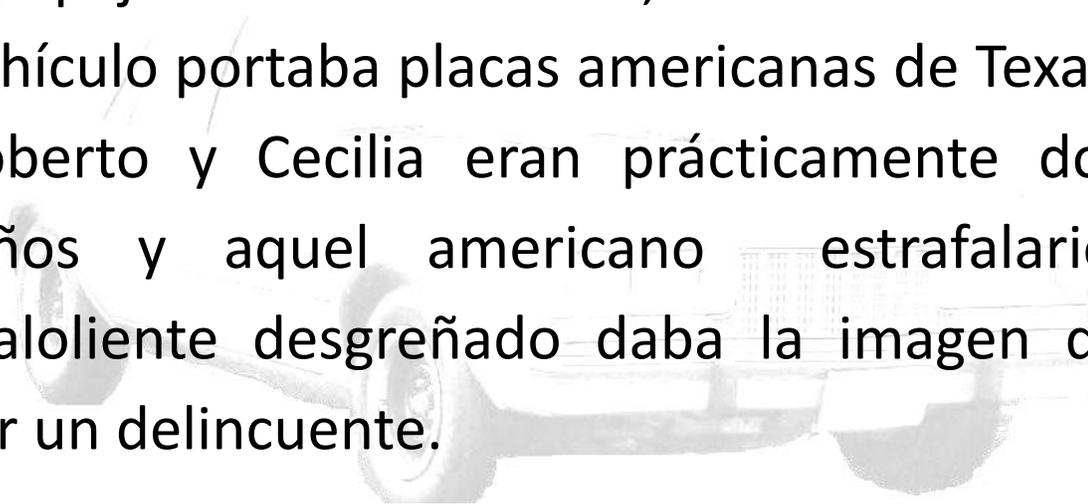
El americano sonrió, mas por darle ánimo a Roberto y no porque no le preocupara la situación, dándole una palmadita en el hombro le dijo:

-¡Vamos muchacho! Lleguemos a la caseta de cobro y allí buscaremos una solución, porque también tenemos que pagar por cruzar la caseta, agrega eso a tus preocupaciones-

Ríe el gringo de buena gana. Mientras se dirigía al asiento del conductor del desvalijado auto.

En unos cuantos minutos, nuestros amigos estaban en la caseta de control del peaje.

Trasnochados, hambrientos y sin dinero. Con un coche en condiciones deplorables, y además Roberto lo había empezado a desvalijar para tratar de entrar por el equipaje en el baúl trasero, además de eso el vehículo portaba placas americanas de Texas. Roberto y Cecilia eran prácticamente dos niños y aquel americano estrafalario, maloliente desgredado daba la imagen de ser un delincuente.



Así pensaba el comandante de la policía de caminos, que desayunaba en el restaurantito de la caseta de cobro, sentado con su compañero, en la mesa donde solo los

separaba la gruesa pared de cristal del establecimiento, del auto del americano estacionado en la parte frontal.

El oficial masticaba cada vez con más lentitud, mientras elucubraba sobre la presencia de aquél sujeto que departía alegremente con los chamacos, posiblemente dándoles ánimos mientras también pensaba como resolver la situación que no era tan agradable, como ser tener hambre, sueño andar sucio en un auto prácticamente desvalijado y sin dinero...El comandante salió intempestivamente por la puerta de vidrio y se dirigió seguido de su compañero hacia el Plymouth.

-Buen día gringo.-Saluda el comandante despectivamente y con un gesto cínico en su rostro como si en el saludo llevara implícito

un “Ya te chingaste”.

El americano poniéndose más serio, contesta con amabilidad el saludo extendiendo la mano. El policía, no respondió la cortesía y dio una vuelta en derredor del auto.

-Bonito auto, un clásico, -dijo- parece que han tenido una larga jornada. Dime una cosa americano, ustedes allá en la “Usa” qué pensarían si nos encontraran en sus fachas por sus flamantes calles... Seguramente nos arrestan y nos meten al bote.

El americano sobreentendiendo la intención del comentario del policía trata de ser diplomático:

-Oficial, de veras lo siento y le pido disculpas si lo he ofendido por mi imagen que

presento, pero como usted dice venimos de una larga jornada y hemos tenido algunos inconvenientes...

El comandante, todavía sacándose restos de comida de entre los dientes con un mondadientes, y sin hacer caso a lo que el americano decía se dirigió a su subalterno para decirle:

-Pareja revisa todo el auto, creo que tendremos que decomisarlo y por lo que veo a este gringo tendremos que detenerlo.

Roberto, se angustió al escuchar aquello, lo mismo Cecilia que se acercó a él apoyándose en el costado de Roberto.

Pero ni el americano ni Roberto ni Cecilia dijeron nada a los comentarios del comandante.

El compañero del comandante, procedió a revisar el auto.

Después de la inspección dijo:

-Señor, el auto es robado.

Esta desvalijado, no lleva llave fue arrancado directo, solo falta que este gringo no porte papeles.

El comandante le ordena:

-Pídeselos.

El otro policía, hizo lo ordenado dirigiéndose al americano.

-No los tengo, pero puedo explicarlo...-

Responde el americano antes que el oficial le repitiera la pregunta que ya había escuchado.

El comandante se voltea enfurecido al americano.

-¡Silencio! Mi olfato de policía me dice que tú eres traficante de niños. Tengo suficientes razones para detenerte gringo zarrapastroso. Me temo que no solo por encima hueles mal gringo cabrón.

Llamó por el radio emitiendo una serie de claves con las que la policía identifica los delitos y casi en minutos otra patrulla se acercó. Procedieron a esposar al americano y lo introdujeron en la patrulla que había llegado y a una orden del comandante, el americano fue conducido hacia una especie de oficina o posta policial del otro lado de la caseta de cobro.

Martín Ruíz, era un policía de migración que recién iba llegando a la posta de la policía federal de caminos a recoger como de costumbre, ilegales centroamericanos que hubieran sido detenidos en los alrededores tratando de evadir el control policial mientras buscaban seguir su camino hacia el Norte, a través del tren que pasaba por esa región rumbo a Coatzacoalcos, Veracruz.

Leía el parte policial donde le entregaban los infortunados centroamericanos y él era el responsable de truncarles su anhelado sueño de llegar a tierras norteamericanas.

Estaba esperando al comandante para la firma de la remisión, cuando justo llegaba éste, en la otra patrulla con su pareja y Cecilia y Roberto sentados en la parte trasera.

- Lo esperaba comandante, para la firma-dijo Martin mientras le extendía el tablero donde debía firmar.

En ese momento Martin vio a Roberto y a Cecilia en el asiento trasero de la patrulla.

Martín mientras recibía el tablero con el documento firmado por el comandante, dice:

-Yo conozco a este chamaco, ¿Pasa algún problema con él?- Inquirió.

El comandante no responde nada, Martín continúa.

-Este chamaco vive allá en mi ciudad Tapachula, no me diga que lo confundió con un ilegal, comandante.

-No Martín- dijo el comandante-este no es

un asunto migratorio. Es algo mas jodido y no puedo darte detalles.

Martin hizo una mueca hasta ensombrecer su blanco rostro para luego pedir:

-¿Me permite hablar con él?

El comandante le hizo un gesto afirmativo mientras se dirigió a la oficina. Martín se dirigió a la patrulla.

Ni Roberto ni Cecilia estaban esposados, ni en calidad de detenidos, el comandante los necesitaba como testigos para incriminar al americano.

Pero Roberto y Cecilia habían defendido al americano en todo momento durante el interrogatorio que el comandante les hizo después cuando el americano fue esposado y llevado a un separo en la posta policial.

Roberto se alegra de ver a Martín Ruíz. Claro que se conocían de hacia un tiempo porque Roberto iba a comer al puesto de tortas y hamburguesas que tenía doña Martha la madre de Martín en la 6ta. Calle Oriente de Tapachula.

Martín los hizo salir de la patrulla y conversaba con ellos de pie junto a la misma.

Roberto le contó toda la historia desde que conoció al gringo en Tapachula. Todo cuanto el americano había hecho por ellos para salvar especialmente a Cecilia.

Martín no dudaba de Roberto y sabía que decía la verdad, Cecilia permanecía en silencio. Roberto le pidió a Martín que ayudara al americano.

-Mientras ustedes no lo acusen de nada, el

americano solo tiene un problema migratorio y el comandante no tendrá mas remedio que dármelo, descuida Roberto yo les ayudaré, tú tranquilo.

El pareja del comandante escuchaba atento la conversación de Martín con los chamacos. Martín se dirigió al policía para pedirle que llevara a los chavos, sus amigos; a un puesto de tortas al lado de la posta policial mientras le extendía unos billetes a Roberto para que pagara el consumo.

Después Martín, se dirigió a la oficina del comandante donde el americano exigía que le permitieran una llamada a la embajada de Estados Unidos a lo cual él reclamaba como un derecho.

El comandante le negaba tal derecho diciéndole que acá estaba en México, no en su tierra y acá ese derecho no existía para nadie.

Así cuando Martín entra, se acerca al comandante para decir:

-Comandante, este es un asunto migratorio, ya lo hablé con mi superior, después de hablar con los chamacos y ellos no lo incriminan en nada, en todo caso el único delito del americano es no portar documentos, lo cual lo vuelve un asunto netamente migratorio.

El comandante se dirigió a Martín.

¿Y el auto robado también, es un asunto migratorio?-Inquirió el comandante chasqueando los dedos sobre el escritorio

mientras ponía otra mano en el hombro de Martín quien no se inmutó.

Extrajo de su uniforme un título de propiedad que tomo discretamente del Plymouth cuando llego por los muchachos, donde constaba el nombre del propietario del vehículo.

¿Ya le dijo el americano como se llama, comandante?- Pregunta Martín, el comandante asintió con la cabeza, Martín prosiguió -entonces dígame el nombre que él dice tener.

Martín, cubría entre la palma de su mano el título de propiedad.

El comandante no lo dijo, le pidió al americano que lo dijera él mismo.

Este sin vacilación dijo completo su nombre y su apellido. Luego Martín hablando en inglés se dirigió al americano y le pide que dijera también el zip code o código postal, dirección y el número de su casa en Estados Unidos.

El americano respondió todo sin vacilar.

Martín toma el documento que tenía entre sus manos y demostró como todo coincidía con lo dicho por el americano.

Luego irguiéndose triunfalmente frente al comandante dijo:

-Como puede ver mi comandante, esto es un asunto migratorio, así que me tiene que entregar por acta adicional al americano para resolverlo en nuestras oficinas en Villahermosa.

El comandante, enfurecido dijo:

-¡Llévatelo!

Martín quitó las esposas al americano, y entabló una charla en inglés con él, quien le agradecía su oportuna ayuda.

Le comentó Martín sobre de su amistad con Roberto, y así se dirigieron charlando hasta la glorieta donde desayunaban los chamacos quienes al verlo, corrieron hacia él, abrazándolo.

Dispusieron una torta para el americano mientras Roberto le decía:

-Un día vamos ir con la mamá de Martín para que probemos sus tortas de huitlacoche y las hawaianas, ummm ¡No va usted querer comer otra comida después que pruebe eso!

Roberto le estaba muy agradecido a Martín, además este les dio vía libre para que siguieran su camino a la capital mexicana.

En su mal inglés le dice Martín al americano, que en Villahermosa podían pasar por un banco para que arreglaran el asunto de sus cheques de viajero extraviados y otros asuntos financieros, también le dijo que en el consulado Americano en Veracruz podía obtener un salvoconducto para viajar sin problema.

El americano mientras Martín le hablaba en un mal inglés, le respondía todo en su mal español.

-Creo que ustedes tienen un gran problema los dos,- les interrumpe Roberto- uno quiere practicar su inglés y el otro su español. Mejor

pónganse de acuerdo “Caray”, porque a mi me hacen “Bolas” platicando así.

Todos rieron de buena gana incluida Cecilia, mientras Martín, le daba otros billetes más a Roberto para el camino. Guiñándole el ojo, le dice:

-¡Rechula la chamaca! Me la cuidas...

Roberto sonríe y también agradeció la ayuda de su amigo además del cumplido para Ceci mientras la miraba de reojo, quien solo había bajado la mirada entrecerrando sus hermosos ojos verdes sin poder ocultar una leve sonrisa inocente ni evitar sonrojarse.

Se dirigieron a la mini gasolinera para ponerle unos litros de gasolina al Plymouth y seguir su viaje. Mientras Martín estrechaba

la mano de Roberto para despedirse, le dice.

-Dile a tu amigo el gringo, que no haga cosas buenas que parecen malas. En México eso puede resultarle muy caro a cualquiera.

FIN de la primera parte.



GLOSARIO

“Pos” = pues

“Voa” = voy a

“Chaval” =adolescente

“Mordida”= pago indebido a una autoridad especialmente a los policías.

“pa” = para

“Le’dad pa’l jale” = La edad para trabajar

“Flojo” = lento, Pereza, haraganería

“Refín” =Comida

-“Sale y vale”=Estar de acuerdo y aprobado

“Rajarse” =Rendirse, darse por vencido.

Reharto= Bastante, demasiado, en abundancia.

“Cuatacho” =Un gran amigo

“Rete”=mucho mas que Doble

“De volada”= lo mas rápido posible

“Me cae.”= Convencimiento, estar seguro de algo que se sabe o se dice.

“Pa’l”= para el

Mocharse= Compartir, dar. Sacrificarse.

Lana=Dinero

“Pa’verte’l” =Para verte el

“Jálale pa’ yá”.=Vete para allá

“Párale”=Detente, deja de.

“No te mandes”=No abuses, no exageres.

“Jodarría”=Molestar

“Poli”= policía

“Nomás porque eres buen onda”= Solamente porque eres buena persona.

“La neta”= La Verdad

“Retíharto”.= Exageradamente demasiado.

“Qué padre”=Que excelente, que buenísimo

“Te traes”=Que pasa

“Pa’ cá”=Para acá

“Le storba pos”= Le estorba pues

“Chale”=Caramba

“Tempra”=Temprano

“Manches”=molestar, arruinar, echar a perder algo

“Que’s”= Que es

“La’gas”= La hagas

“Me’cho”= Me hecho

“Riego”= baño ligero, ducharse.

“Rascadita”=Bailar un poco

“Ñero” =Compañero

“Re’gacho”= Muy mal. Muy vergonzoso

-¡Órale!= Expresión de súper admiración por algo que se observa o nos dicen. Equivalente al "Wow" del idioma Inglés.

"Mi'jo".=Mi hijo, hijo mío

"Faje"=comida fuerte y suficiente.

"Poncho"=Alfonso

"Abue"=Abuela o abuelo.

"Pa' caites"=Para acá, para este lugar.

"Caguama"=Cerveza de dos o mas litros

"Por éstas"=Juramento

"Má"=Mamá

"Jalémole"=Vámonos ya mismo

"Dond'sta"=Donde está

"De la patada"=Muy mal.

"Madres"=babosadas.

"Desvalijado"=Desarmado impropiaemente

"Chinga"=Jodida

"Caray"=Caramba

"Bolas"=confusiones

"Rechula"=muy bella

"Chamaca"=Adolescente, muchacha ya en edad sexual.

"Marmaja"=dinero, billetes.

"Zarrapastroso" = mugriento, sucio, apestoso.